
EL CINCUENTENARIO DE ANNALES

Economies, Sociétés, Civilisations

Nota introductoria

La empresa intelectual probablemente más fecunda que ha creado e impulsado Francia en lo que va del siglo actual, está vinculada a una revista que aparece en 1929, *Annales d'histoire économique et sociale*, la cual, si no es el origen del proyecto, evidentemente, pues el conato había surgido con anterioridad, le proporciona el nombre por lo común aceptado —el movimiento de los *Annales*— y le da concreción a través, mejor que de un programa definido, de una manera de percibir y desentrañar lo que sucede realmente en el mundo, reflejo en último extremo de la articulación de cuanto vagamente se denomina lo social. Los *Annales d'histoire économique et sociale* desde su nacimiento pretenden ser algo más que una publicación periódica especializada, restrictiva. Sus fundadores, Lucien Febvre y Marc Bloch, son conscientes de ese cometido cuya rectoría se proponen ejercer, dando pautas, descubriendo horizontes, y saben que se ha de cambiar de orientación —abriéndose ampliamente a las curiosidades, aceptando cuantas sugerencias y colaboraciones parezcan viables— la problemática y la metodología de la exploración y conocimiento del pasado, que determina y condiciona siquiera parcialmente el presente, y le explica casi por entero. Los *Annales d'histoire économique et sociale* conjugan dos aspiraciones: la principal, dirigir una

sensibilidad, una estrategia de la reflexión sobre lo que está acaciendo, para sacar consecuencias y perfilar actuaciones; la secundaria, descubrir los antecedentes de las novedades, los pasos lentos que han conducido a los hombres hasta llegar a la meta, que alcanzada se aleja progresivamente.

Nunca ha declinado la revista hasta hoy esa ambición, que en el fondo constituye un todo, aunque aparezca en la superficie como doble —una *Weltanschauung* y una historiografía, aquélla no preconcebida y operando sobre ésta, si no, a la inversa, deduciendo de la historiografía la *Weltanschauung*—; el haber sido los sucesivos responsables de los *Annales d'histoire économique et sociale*, a partir de 1946 rebautizada *Annales. Economies, Sociétés, Civilisations*, fieles a la ambición de sus promotores, es lo que confiere unidad y continuidad a la tarea llevada a cabo. Unidad, continuidad no equivalen a inmovilismo; al contrario, exigen avances siempre que perseveren en la misma línea. Nadie regatea elogios a la etapa presidida por Lucien Febvre y Marc Bloch conjunta y complementariamente, luego desaparecido Bloch, por Febvre, aunque no en solitario, pues los discípulos aventajados habían adquirido madurez. La revista y las instituciones colaterales que bajo sus auspicios —y su éxito, reconocido por doquier— se erigen, la *Sixième Section de l'Ecole Pratique des Hautes Etudes* y la *Maison des Sciences de l'Homme*, alzan su vuelo con el aliento de Fernand Braudel, quien en dos obras monumentales, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II* (1949, ampliamente corregida en 1966) y *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV^e-XVIII^e siècles* (3 vols., 1979), por esfuerzo personal, consigue plasmar los postulados de Febvre y Bloch, a lo que añade el acervo de su propia experiencia de docente y de investigador, y de animar la formidable *Bibliothèque Générale de l'Ecole Pratique des Hautes Etudes, VI^e Section*, y de testigo atento de lo que le rodea, también en sus viajes, que para él son ocasiones de descifrar enigmas surgidos de lecturas a porfía de libros y documentos. La tercera generación de los *Annales* se debate ahora en el difícil reto de seguir escalando sin conculcar la trayectoria, lo que la hace vacilar y hasta incurrir en peligrosas aventuras.

Una historiografía que conduce a una *Weltanschauung*. No siempre se ha reconocido esa conjunción jerarquizada. Con frecuencia se han invertido los términos, o desconocido la *Weltanschauung* de los *Annales*, polarizándose el elogio o la crítica en la historiografía de los *Annales*. Es mérito de los sociólogos haber destacado aquella dimensión de los *Annales* —no en vano fue François Simiand, de raigambre durkheimiana, quien más directamente pesó en la resolución de Febvre y Bloch de lanzarse a sacar a la luz, en 1929, sus inquietudes y con la intención que lo hicieron—, y últimamente, sobresaliendo un norteamericano, Immanuel Wallerstein, el haber puesto de relieve con superior claridad lo que da carácter a los *Annales*. Porque desde otras áreas se ha mirado, solamente, la historiografía de los *Annales*, sin su *Weltanschauung*, exagerando el énfasis al analizar la manera de tratar

los elementos con que se edificaba la construcción, y cómo esos procedimientos se dispersaban en su utilización por Europa y por América, tanto del Norte como del Sur. Pero a esas modalidades, además de ser contempladas aisladamente, al margen de la función que desempeñan, y para la cual se destinan, se las aplica una valoración procedente de disciplinas digamos, sectoriales, estrictamente definidas. Y aunque el balance de esos exámenes unilaterales dé un saldo ampliamente positivo, tampoco faltan los reparos. Se acusa, por ejemplo, a los *Annales* de ausencia de una teoría que confiera pauta segura cuando se ocupa de cuestiones económicas, de que se recreen en traer a cuento menudencias sin relevancia, de su predilección por lo cualitativo y su desdén por lo cuantitativo, en fin, de su gusto por expresarse en un estilo literario preciso y bello, en una prosa tan cuidada que llega a constituir un encaje y depara un estilo propio, quizá un poco duro, casi intrasladable a otros idiomas. ¿Pero esos presuntos defectos no son más bien virtudes afanosamente buscadas? Se aseveraría que así es, y como prueba yo alegraría la indiferencia con que en el seno de los *Annales* se reciben esas disidencias: no recuerdo una sola réplica autorizada que haya sido impresa.

Mientras tanto, la adhesión de los historiadores en el talante y el tono de los *Annales* —otra cosa es espíritu— se ha ido multiplicando. Comenzando por Francia, donde es lógico que encontrasen eco; lo extraordinario es que fuese tan grande, pues acabó imponiéndose hasta prevalecer en exclusiva, habiendo comenzado en insignificante minoría. El libro más completo, sobre el tema, que se ha escrito, por Traian Stoianovich, que abarca al trienio 1946-1976, lleva este título en apariencias desconcertante: *French Historical Method; The «Annales» Paradigma* (Cornell University Press, Ythaca, New York, 1976); título desconcertante en apariencias, pues la integración de la «escuela francesa» en torno a los *Annales*, aunque suene a apología arbitraria, es a mi parecer incuestionable y así lo ha proclamado reiteradamente. La influencia de los *Annales* en Italia, en Bélgica y en Polonia fue temprana y grande, contagiándose posteriormente en Hungría, Checoslovaquia, Rumanía, Grecia y Turquía. Los países de lengua germana fueron más impermeables, por su nostalgia, creo, de la «escuela alemana», que sucumbió con el III Reich, y cuya monumentalidad objetivamente irrefutable es allí un mito, algo que se ha perdido y se debe recuperar tal cual. Hermann Kellenberg no tan conocido en España como merece —es un exponente: adepto a los *Annales*, pero manteniéndose inflexible en la tradición de la «escuela alemana»—. Los ingleses han sido los más tenaces, y más conscientes, refractarios a los *Annales*; no se inmutaron por la sirena que silbaba desde París; prosiguieron su camino, que les ha conducido a los más sólidos resultados que hoy existen. En los Estados Unidos no terminan de cuajar los ensayos que se hacen, ni siquiera para el período ulterior a su independencia, mucho menos cuando se ocupan de fases anteriores: por eso ha sido fuerte el impacto —no exento de actitudes defensivas— que ha tenido la tardía versión, en

1972-3, de *The Mediterranean and the Mediterranean world in the age of Philip II*.

¿Y en España? Únicamente después de la guerra civil comienzan a cundir los reflejos emanados de *Annales d'histoire économique et société*. Antes, la «escuela alemana» es referencia —no simple imitación— predilecta, y la que sin parangón admisible tiene ascendiente y goza de un prestigio incontestable, en rigor bien ganado. Esa solera es lo que alivia el vacío que queda tras nuestra contienda. En 1955 las suscripciones que había en España de *Annales d'histoire économique et sociale*, si no recuerdo mal una referencia verbal, apenas sobrepasaba los veinte; pero los saltos de ese índice son espectaculares posteriormente. Frecuentan por entonces investigadores franceses nuestros archivos, que comentan lo que están haciendo y las metas a donde pretenden llegar. E investigadores españoles van a París y acuden asiduamente a los cursos de Bataillon y de Braudel en el *Collège de France*, de Labrousse en la Sorbona, de Braudel y Vilar en la *Ecole Pratique des Hautes Etudes*. El *Erasmus en España* de Bataillon y *El Mediterráneo* de Braudel son puestos en castellano, y la *Catalogne dans l'Espagne Moderne* de Vilar contribuye a dar amplitud a la información entre los españoles sobre la «escuela francesa»; pero las más inquietas están solicitadas, a la vez, en su celo de hallar pausas, por las traducciones que, fundamentalmente, hacen los exiliados para el Fondo de Cultura de Méjico, entre las que figuran una excelente de *El capitalismo* de Marx. Los contados españoles que a la sazón arriban a Inglaterra retornan admirados de la «escuela inglesa». Entusiasmo análogo es el de los más numerosos españoles que hacen una estancia larga en Norteamérica. No obstante las *Annales* cunden en España, aunque matizados su captación por las demás alternativas. Son estas apreciaciones de una impresión global, que bien merecería la pena esclarecer, precisándolas.

¿El procedimiento de explicar los sucesivos presentes que han sido, y que conforman los ulteriores, que los *Annales* propugnan, han perdido recientemente vigencia o se mantienen en vigor? Es indudable que la epistemología en cuestión ha sufrido una crisis, por los ataques virulentos que venían de fuera y por las disidencias internas experimentadas, que la desviaban. Pero si no me equivoco, las armas de los agresores tenían más de deslumbrantes que de eficaces; no consiguieron demoler la entidad contra la que explícita o implícitamente apuntaban, y menos reemplazarla. Una llamada al orden de las disidencias internas representa *Civilisation matérielle, économie et capitalisme, XV^e-XVIII^e siècles*, de Fernand Braudel, en tres tomos: I, *Les structures du quotidien: le possible et l'impossible*; II, *Les jeux de l'échange*; III, *El temps du monde*. Obra elaborada pacientemente durante más de cinco lustros, concebida alrededor de 1952 cuando los *Annales*, por el eco que suscitaban, tenían franco apogeo, y terminada la versión enviada a la imprenta en 1979 —ese distinguo responde a que a esa versión enviada a la imprenta la precedieron varias, distintas, sin tener certeza su autor si eran mejores o

peores, aunque las desechara— cuando la audiencia de los *Annales* obviamente declina. La oportunidad del momento en que aparece *Civilisation matérielle* es notoria. Se esperaba por tirios y troyanos con tanta curiosidad que según un colaborador de la *London Review of Books* en tres semanas se agotó la tirada de 9.000 ejemplares, eso que se trataba de una edición lujosa y por lo tanto no barata.

Braudel desde la *Introduction* y en los *Avant-Propos* de cada tomo, hace profesión de fe en las normas que Lucien Febvre y Marc Bloch señalaran y en el texto con reiteración lo confirma. El respeto a la ortodoxia no entraña restricciones; a la inversa, exige progresos que, practicándola, demuestren la veracidad de los asertos: Braudel que había salido en su día al paso de los descarríos que sobre la marcha observara en las filas de los secuaces franceses más preclaros de los *Annales* —haciendo recensiones no enteramente halagüeñas, por abundar en reparos, entre otras manifestaciones públicas —vuelve a asumir como hiciera en *La Méditerranée*, el papel de concretar los anhelos. Pero en 1979 no es un espacio reducido como en 1949, y durante media centuria, con lo que se enfrenta, sino al ámbito terrestre y durante cuatro siglos, con interrumpidas alusiones a los antecedentes y a las consecuencias, aunque sus observaciones se circunscriban y giran exclusivamente en torno a lo económico.

Una deducción clara le sirve de base: si lo económico es la producción afectada por los juegos de los cambios, una porción enorme del ámbito terrestre, bajo el signo obsesivo de la autosuficiencia, escapa, queda sustraída. Pero naturalmente esa porción enorme del ámbito terrestre existe, cuenta y se ha de tomar en consideración en sus auténticas dimensiones, y cómo estas dimensiones se van reduciendo lentamente, aunque haya intermitentes retrocesos en esa tendencia; aún en la Gran Bretaña, después de la Revolución Industrial, hay zonas de este tipo, el de «vida material». Por encima está la «vida económica», la de «los juegos de cambios», que no son tan autónomas en sus mecanismos, en su funcionamiento, como concluyó el liberalismo clásico; hay presiones que son capaces de conculcar —y de alterar— las reglas derivadas del contraste entre la oferta y la demanda: son los capitales y quienes a su antojo y conveniencia los manejan, que negocian especulativamente y consiguiendo así mediatizar la «vida económica», dando lugar al capitalismo. ¿Ese esquema se tiene en pie, interrógase Braudel mientras lo erigía? La respuesta a esa pregunta —Febvre y Bloch la hubieran proclamado— está en el dictamen verificador de la historia. Ya la historia como banco de prueba de la confirmación o de la negación de unas premisas, apela a Braudel: es el cometido de las seiscientas páginas que en números redondos consagra a *Le temps du monde* donde la vida material y la vida económica, coronada y tutelada, ésta por el capitalismo, se interfieren, y no limitando el campo de percepción a la pequeña Europa. ¿El emblema que *La Méditerranée* ha sido en las décadas de los sesenta y los setenta, lo será *Civilisation*

matérielle? Los *Annales* no han caducado, aunque su horizonte esté cargado de nubes.

Lo seguro es que la interconexión de las ciencias sociales por Febvre y Bloch deje de ser la levadura de la amalgama cual Braudel ha conseguido; ese privilegio acaso le alcance otra rama del árbol —¿la política?, ¿la antropología?, ¿las mentalidades?— cuyo descollar se atisba. La incógnita está por despejar.

FELIPE RUIZ MARTÍN

Los *Annales*, 1929-1979 *

En 1979 *Annales* cumplió cincuenta años. ¿Debe obligarnos este aniversario a realizar un balance de este período? No está claro que así deba de ser: las conmemoraciones son siempre ambiguas, y tienden a ser, frecuentemente, sobre todo una justificación. Y, sin embargo, hoy día la historia y el oficio de historiador se enfrentan a toda una serie de nuevos problemas.

Hay que repetirlo: lo mismo que un individuo amnésico es un individuo enfermo, una sociedad no puede ignorar su historia. No hay sentido del presente (el presente no tiene sentido) si no consideramos constantemente al pasado, si no le interrogamos sin descanso. Es una verdad evidente que conviene, sin embargo, tener presente en estos momentos en que tantos son los que intentan hacernos perder la memoria. La historia se ha visto expulsada de la enseñanza primaria; en la enseñanza secundaria ha sido travestida mediante programas amenizados que la destinan a una función simplemente decorativa; incluso se la hace introducir notas de exotismo, sin proporcionar a cambio los más elementales medios de reflexión. ¿Y quién la enseñará el día de mañana, si el reclutamiento de profesores alcanza ya

* Agradecemos a la revista *Annales* la deferencia que ha tenido, autorizando la traducción y edición de los textos que a continuación figuran, y que han sido extraídos de su número 6, correspondiente a 1979. (N. del E.)

** Traducción de Manuel Toharia y Ketty Zapata.

actualmente cifras irrisorias? ¿Quién la renovará, si los jóvenes investigadores carecen ya incluso de la esperanza de un empleo? Entendámonos: no abogamos aquí por la defensa de una determinada disciplina o de una corporación profesional; sólo pretendemos que, tanto en el aprendizaje escolar como en la investigación profunda, sigamos planteándonos un determinado número de cuestiones.

Por otra parte, lo cierto es que la sociedad se defiende: expulsada por la puerta, la historia vuelve por la ventana y se insinúa por todas partes. Nunca tuvimos una demanda tan fuerte. El mundo editorial, la prensa, la televisión responden a ella con una multiplicación de producciones históricas, a veces muy libremente adaptadas en opinión de *Annales*. Poco importa, aquí, la calidad, muy desigual, de estas realizaciones. No llegan a tranquilizarnos porque la utilización social de la historia que nos proponen es cuando menos ambigua. Frente a los tiempos inciertos que vivimos, Francia se reenraíza, encontrando más certeza en las comunidades campesinas del Antiguo Régimen que en el asunto del collar de la Reina o de la Máscara de Hierro. Mas esta historia redescubierta, ¿para qué sirve? Quizá esboza hoy día la figura de un cierto turismo, ofreciendo playas en las que poder soñar, invitándonos a la identificación nostálgica. Es una historia que huye ante el presente, en lugar de interrogarle y de interrogarse a sí misma en función de las preguntas que dicho presente le sugiere. Tampoco es ésta la historia que defendemos.

La historia tiene que molestar. No ya la historia edificante de anteaer, la que formaba ciudadanos y soldados. No necesariamente la historia a la que nos llevan las corrientes radicales que denuncian, en los historiadores contemporáneos —especialmente en los de *Annales*—, una sordera a las demandas del momento presente, una reticencia a poner su saber al servicio de combates más esenciales. A decir verdad, la historia ideológica sólo llega a alterarnos superficialmente; muy pronto le llega el agotamiento. Demasiado a menudo se contenta con producir, también ella, un folklore, un ritual, con sus nombres de calles, sus soldados desconocidos y sus procesiones. La historia que molesta es aquella que nos obliga a comprender, la que produce lo inteligible y no la que conmemora, porque la memoria no es nada si no nos autoriza a la vez la realización de un trabajo crítico. Ni el pasado por el pasado, ni el pasado movilizado con miras únicamente al beneficio del presente: antes bien, entre uno y otro una circulación incesante de preguntas, una invención de solidaridades, una medida de las separaciones. El análisis de los fenómenos prolongados, la insistencia sobre las inercias que han constreñido a la historia de los hombres, ¿acaso son —como se ha escrito con la mayor seriedad— antídotos contra la lucha de clases? ¿O permiten, acaso, una mejor reflexión sobre las luchas reales? La historia, como todas las ciencias sociales, no tiene por qué recitar lo «real», sino que, por el contrario, debe construir sus propios objetos, interrogarse sobre

la pertinencia de sus concepciones, verificar la validez de sus hipótesis. Hay que huir del falso debate entre la historia por la historia y la historia al servicio de una causa. El historiador sólo tiene que intentar —y ya es demasiado— plantear mejor unos cuantos problemas. A este respecto, por lo menos, *Annales* quiere seguir fiel a los desigios de sus fundadores.

¿Fidelidad? Sin duda, los que, durante un cierto tiempo, tenemos a nuestro cargo la revista somos los menos indicados para juzgar este extremo. Por supuesto que *Annales* ha cambiado; incluso varias veces desde su nacimiento. Y hay que desear, como lo hizo desde este mismo lugar hace unos años Fernand Braudel, que siga cambiando tanto como sea necesario. ¿Cómo iba a ser de otro modo? El cuestionario histórico no cesa de renovarse desde hace medio siglo. Las condiciones de la investigación histórica, las relaciones entre la historia y las ciencias sociales (tan esenciales desde el principio), la sensibilidad común (algunos hablarían de modas), se han transformado de forma continua y en profundidad. Por lo que la fidelidad no sería más que simple repetición.

La fidelidad debe ser, también ella, muy crítica; o, lo que es lo mismo, la infidelidad debe ser razonada. Sin embargo, a menudo tenemos la impresión de prestarle poca atención al cambio, de ser demasiado dependientes de la seriedad institucional, de las costumbres, de las sugerencias de los que nos rodean. No hay más que releer *Annales* de los primeros tiempos: las «especialidades» de Marc Bloch y de Lucien Febvre, el mundo medieval y moderno, tienen escasa incidencia. La historia contemporánea era, en cambio, absolutamente predominante. Desde entonces, ha ido desapareciendo de la revista. Las razones de este proceso son complejas. Por una parte, las alianzas del principio se disolvieron, al menos en parte: la unión con la geografía, que no siempre había conocido en Francia desarrollos paralelos a la historia, la unión con el análisis económico, que ha durado muchos años, aunque no siempre de forma aparente. En cambio, nuevas relaciones han venido a sustituir a estas alianzas iniciales: con la antropología, por ejemplo, aunque ésta tardara mucho en interesarse por el cambio social, y cuando contempla las sociedades desarrolladas suele abordar más gustosamente el análisis del pasado, al que tiene tendencia a considerar como intemporal. Incluso los historiadores han llegado a creer que debían excluir el análisis de lo contemporáneo, a cambio de una elección que recaería sobre los períodos dilatados de tiempo; siendo así que precisamente lo contemporáneo puede, sin duda, permitir una reformulación de la aproximación al pasado. Y además está el hecho de la revisión de las posiciones ya adquiridas, y también de las cautelas: la historia medieval y moderna, más recientemente, y la historia antigua, más localmente, han sido objeto de una renovación de la investigación que ha dado lugar a hallazgos espectaculares. Y, no obstante, no es seguro que estos éxitos deban dictarnos nuestra elección actual. Porque, ¿es posible una nueva historia del presente? *An-*

nales se presta gustosamente a favorecer tal estudio. Hay otras cuestiones que han estado siempre ausentes de las preocupaciones de la revista; por ejemplo, la política, identificada durante mucho tiempo a lo acontecimental, a la espuma insignificante de una historia profunda. Y, no obstante, también aquí han aparecido cuestiones inéditas, formulaciones nuevas; procedentes de la antropología, una vez más, de la reflexión sobre las formas sociales de lo político. Procedentes, a veces, de la misma historia: más allá de las divergencias de interpretación o de las polémicas ideológicas, el reciente debate sobre la Revolución Francesa ha planteado, por ejemplo, el problema de una pertinencia de lo político como nivel de análisis histórico. He ahí un terreno en el que hay que invertir: pongamos lo político en el orden del día.

De cara a la revista misma, las condiciones de trabajo se han modificado también. Marc Bloch y Lucien Febvre concibieron *Annales* como el órgano de una comunidad intelectual más allá del mundo universitario: de ahí su originalidad reivindicada, su fuerza agresiva. No era imprescindible ser historiador para formar parte de la organización, bastaba con alcanzar, mediante aproximaciones diversas, posiciones fuertes y compartidas. El programa de *Annales* era minoritario, chocaba. Por su aislamiento, la revista daba la nota, abría nuevas vías. Al afirmarse, al oponerse, esta comunidad, que proponía no obstante más bien un programa que una teoría, ha sido recibida desde fuera, incluso a veces desde dentro, como una escuela. Pero el éxito de la empresa, la institucionalización de la investigación, la más estricta definición de la profesión, han modificado los funcionamientos, han desplazado las posiciones y los envites. El grupo se ha convertido en movimiento (con sus permanentes, sus acompañantes, sus pasajeros), y a veces ha sido incluso una simple referencia. Hoy, la herencia de *Annales* no le pertenece ya a la revista. Es un patrimonio comunitario de la mayor parte de los historiadores, y cabe felicitarse por ello. La innovación no es ya monopolio de unos pocos. La historia —al igual, por otra parte, que las demás ciencias— se convierte así en una actividad de todo un cuerpo, más anónimo que ayer, y esta actividad es más discreta; la innovación es más recatada. Cualquier nostalgia sería ahora inútil, anacrónica. Aunque así se haya escrito a menudo, *Annales* no tuvo jamás la pretensión de convertirse en una hegemonía cualquiera, ni la tiene en la actualidad. La revista da testimonio de una forma de concebir la historia, y se alegra de verla progresar, profundizar. Porque el oficio de historiador no tiene valor más que a través de las experiencias, de los interrogantes a los que da lugar.

Desde luego, aquí es donde se requiere mayor atención: el territorio del historiador no ha dejado de agrandarse. A medida que iba progresando, la investigación se fue haciendo más especializada, más técnica, fijándose al mismo tiempo objetivos más diversos y más particularizados. Sin embargo, ¿cómo no ver el riesgo que se corre hoy día de hacer resurgir la tentación de una historia acumulativa, en la que los resultados obtenidos valdrían más

que las cuestiones planteadas, incluso en *Annales*? El uso de las técnicas de cuantificación, indefinidamente refinadas, nos proporciona una ilustración ejemplar: tal uso se encuentra en el origen de una de las renovaciones epistemológicas esenciales que ha conocido la historia en los últimos decenios, porque obligaba al historiador a explicar que él construía el objeto de su observación, y cómo lo construía. Pero llega también el tiempo en que la medida se hace rutinaria, en que la técnica se hace indiferente a lo que se quiere probar; un tiempo en el que el ejercicio se convierte en un fin por sí mismo, en el que cualquier resultado es válido, sea cual sea. Este caso no es una excepción. Poco falta para que se alcen nuevas barreras en nombre del conocimiento positivo. La atomización del campo histórico vuelve a ser un problema. Bienvenidas sean las historias particulares, pero sólo tendrán interés, y algún sentido, si están referidas las unas a las otras, si nos permiten conocer, a través de las conjunciones y las separaciones, la complejidad del tiempo social. Hay que multiplicar los puntos de vista, hay que diversificar los métodos de aproximación: no para separar, sino para articular mejor, para construir más eficazmente. Porque los riesgos que se corren son la contrapartida del éxito; es necesario recordar, una vez más, y tales riesgos deben hacerlo, las exigencias de la «historia-problema».

Historia de una historia: El nacimiento de *Annales*

André Burguière

Las celebraciones no son siempre las mejores consejeras de la investigación histórica. El cincuentenario de *Annales* ha suscitado comentarios elogiosos sobre el éxito de la revista y de la escuela histórica a la que ha dado lugar. Los elogios —sea cual sea su sinceridad o fundamento— presentan el éxito de *Annales* como una conclusión natural, y por así decirlo inevitable. Es como si la aparición de *Annales* respondiese entre los historiadores franceses de los años treinta, a una especie de urgencia epistemológica; como si el conjunto de las ciencias sociales no hubiese esperado más que esta invitación a renovar sus métodos y su problemática, para seguir sus pasos.

Esta visión retrospectiva, bajo la forma de evolución necesaria, le conviene a todo el mundo. En primer lugar, a los conversos más recientes, porque así se olvida su primitiva hostilidad a las ideas de *Annales* —hostilidad que fue compartida durante mucho tiempo por la mayoría de la comunidad historiadora—. También le conviene a los «herederos» de *Annales*, que tienen que justificar sin cesar su derecho a la herencia mediante una filiación directa y continua.

Sería fácil mostrar las rupturas y las mutaciones que han señalado la historia de *Annales* y que arruinan de forma singular esta idea de continuidad. Pero me gustaría dedicarle esta puesta a punto al nacimiento de

la revista, adelantando la hipótesis de que no era ni necesaria ni esperada. Me parece que no había, en los historiadores franceses de los años treinta, ninguna vocación especial para operar la conversión teórica que les proponían Marc Bloch y Lucien Febvre. No era en absoluto imprescindible el que un movimiento de renovación de la ciencia histórica tomase cuerpo precisamente en Francia. Finalmente, no había ninguna necesidad de que esta función, a la vez de líder y de federadora de las ciencias sociales, le correspondiese a la historia. Por el contrario, nos encontramos ante una especie de excepción histórica.

Lo más extraño, en efecto, del destino de la escuela de *Annales* no es el éxito, por otra parte tardío, que tuvo entre los historiadores, sino el carisma que ejerció, estando todavía en vida Marc Bloch y Lucien Febvre, sobre las otras disciplinas. En las ciencias sociales, donde las fronteras son demasiado ambiguas como para que pueda afirmarse una de ellas sin renegar de las demás, todo despertar científico va acompañado de una ensoñación carismática. Pero por muy diversas razones, y en especial por el hecho de que la mayor parte de las ciencias sociales han adquirido su autonomía alejándose de la historia, ninguna escuela histórica, excepción hecha de la de *Annales*, había alcanzado la realización de ese sueño.

En casi todas partes, el auge de las ciencias sociales se ha realizado a expensas de los historiadores, oponiéndose lo mismo a sus situaciones de poder en las instituciones universitarias que a sus procedimientos científicos. Incluso en Francia ésta era la vía adoptada al comienzo del siglo, cuando la sociología durkheimiana, a través de la revista *L'Année Sociologique*, se colocaba en primera fila de dicho movimiento.

Marc Bloch me hubiera probablemente reprochado en este análisis mi concesión a lo que él llamaba «el ídolo de los orígenes». En realidad, no se trata de explicar la historia de *Annales* mediante las condiciones que imperaban cuando nació, sino de retroceder a las fuentes para intentar separar esta historia de la leyenda que nos ha sido transmitida y que nosotros mismos hemos alimentado. Como toda corriente de pensamiento que debe justificar sus elecciones y sus reflexiones refiriéndolas a una doctrina fundacional, la «escuela de *Annales*» tiene también hoy su propia tradición escrituraria, habiéndose fabricado una vulgata a base de citas de Marc Bloch y Lucien Febvre que puede evitar la consulta a los textos originales. Este retorno a los textos, no sólo a los de *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, sino a los que Marc Bloch y Lucien Febvre publicaron en otros lugares —especialmente en la *Revue de Synthèse historique* (que perdió su epíteto en 1931)— antes y después de la aparición de *Annales*; una exploración de los elementos de su correspondencia a los que podemos tener acceso, para dar con todo un entramado de proyectos, de reacciones cotidianas ante los acontecimientos intelectuales y políticos; y, finalmente, el estudio de algunas revistas próximas o contemporáneas a

Annales y la recopilación de numerosos testimonios de universitarios que estuvieron en contacto con la vida de los primeros números de la revista o simplemente con la actividad de las ciencias sociales de aquella época, para poder reconstituir el paisaje intelectual que la rodeaba: tales han sido las tareas de investigación que sostienen a nuestra reflexión, plasmada en el presente trabajo.

La historia de una corriente de pensamiento como el que anima a *Annales* requiere varios niveles de análisis. Un primer nivel concierne a la influencia de esta corriente sobre la dinámica interna de la disciplina. Lo que comúnmente se llama el «progreso de una disciplina» postula la progresión acumulativa de la ciencia histórica. Esta aproximación historiográfica de *Annales* no es despreciable, en la medida en que las ideas de Marc Bloch y Lucien Febvre tuvieron sus efectos más importantes y duraderos precisamente sobre el oficio de historiador. Numerosos han sido los historiadores que han intentado evaluar la aportación de *Annales*, en la medida en que se sentían provocados o determinados en su práctica cotidiana por las proposiciones temáticas o metodológicas de esa escuela de pensamiento. Pero, aun corriendo el riesgo de defraudar al lector, voy a dejar este aspecto fuera de mi trabajo, puesto que de él se deduce que la cuestión que nos preocupa ya está resuelta.

Un segundo nivel concierne a la coyuntura científica dentro de la cual se inscribe el fenómeno de *Annales*. Hay que fijarse aquí en el conjunto de las relaciones entre distintas fuerzas que aparecen entre dos disciplinas a la vez competidoras y complementarias: por una parte las posturas institucionales, definidas por ejemplo por su «superficie universitaria» (es decir, su dotación desigual en cátedras, institutos, salidas en concursos de reclutamiento, etc.), y por otra parte las posturas sociales (su mayor o menor prestigio en los medios cultos y su capacidad de influencia sobre la opinión pública o las esferas dirigentes) o epistemológicas (su capacidad para ejercer una hegemonía teórica sobre las demás disciplinas).

Un tercer nivel nos llevaría a analizar las relaciones de Marc Bloch y Lucien Febvre con el espíritu de su tiempo. Lo que está puesta en tela de juicio es, en este caso, la concepción que ellos tenían de la función de la ciencia en la sociedad, en la medida en que ello les inspiraba su concepción de la historia; en suma, su sensibilidad ante las nuevas corrientes ideológicas, en todo aquello en que esta crisis intelectual realizaba su práctica y sus ambiciones como historiadores.

* * *

Todas las leyendas comienzan por una exclusión; así se ha presentado frecuentemente a Marc Bloch y Lucien Febvre como dos marginados per-

seguidos por el *establishment* universitario, y en especial por la historia *sorbonnarde* encarnada en la *Revue Historique* y en la *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*. Sin embargo, cuando están a punto de fundar *Annales*, Marc Bloch colabora regularmente con la *Revue Historique* (en 1928 publicó en dicha revista un gran artículo sobre los *colliberti* y un boletín histórico, o sea, una revisión de las obras históricas, dedicado a la Edad Media alemana), y Lucien Febvre es miembro del Comité de Dirección de la *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*.

Estos dos marginales son, en realidad, lo que Pierre Bourdieu llamaría «herederos». El padre de Lucien Febvre fue alumno de la Escuela Normal Superior, y posteriormente agregado y profesor de liceo. El padre de Marc Bloch, profesor de universidad, fue un especialista de la antigüedad muy renombrado. Ellos mismos siguieron la «Via Real» de la universidad: calle de Ulm, tesis de Estado, enseñanza superior. La Universidad de Estrasburgo, donde se conocen y se hacen grandes amigos, no es una universidad provinciana como otras lo eran; reorganizada después de la guerra, a la vez escaparate y bastión de la cultura francesa frente a la Alemania vencida, es el centro universitario francés más importante de los años veinte, después de la Sorbona y quizá incluso por delante de ella, por la modernidad de su enseñanza y el dinamismo de la investigación que alberga en su seno. Los primeros colaboradores de *Annales* pertenecen, en su mayor parte, al medio estrasburgués: el sociólogo Halbwachs, el geógrafo Baulig, los historiadores Piganiol, G. Lefebvre, etc. Marc Bloch y Lucien Febvre reclutaron primero a sus más próximos colegas... o alumnos. Elección de comodidad, pero también de calidad. La Universidad de Estrasburgo ofrecía a los fundadores de *Annales*, al final de los años veinte, un vivero intelectual prácticamente inigualable en Francia; un medio acostumbrado a los debates interdisciplinarios (como aquellas reuniones de los sábados en las que geógrafos, sociólogos, lingüistas e historiadores confrontaban sus puntos de vista)¹ y sensibilizado a los temas que iban a definir la identidad científica de la revista.

En 1933, consagración suprema en un cursus universitario, Lucien Febvre es elegido miembro del Colegio de Francia, cuando ya está metido de lleno en el combate de *Annales*. La reputación contestataria y mal pensante de la revista no supuso la menor traba a su elección. En cambio, sí le afectará a Marc Bloch; aunque cabría preguntarse si fue la hostilidad hacia *Annales* la que hizo fracasar la elección al Colegio de Marc Bloch, o bien el antisemitismo apenas disimulado de ciertos miembros de la ilustre casa, o incluso simplemente un reflejo de auto-defensa de los mediocres, como suele ocurrir en todas las elecciones universitarias.

Los directores de *Annales* ya habían programado, por así decirlo,

¹ Véase, sobre este punto, John E. CRAIG, "Maurice Halbwachs en Estrasburgo", *Revue Française de Sociologie*, vol. XX, núm. 1, 1979.

estas reacciones de hostilidad. Lo más llamativo en los primeros números, rompiendo con el estilo de otras revistas de su época, no es ni el tema, ni siquiera, a menudo, el contenido de los artículos. Es el tono polémico de las numerosísimas críticas-resumen (Marc Bloch escribió en *Annales* hasta 200 críticas en un solo año) firmadas por los directores. Ahí es donde Marc Bloch y Lucien Febvre, frente a lo que se publicaba en Francia y en el extranjero, definían la orientación de la revista y lo que podría denominarse la doctrina de *Annales*. Ellos expresan su punto de vista, a veces con mucha profundidad. Por ejemplo, el artículo de Lucien Febvre, escrito en 1930², sobre el curso de economía política de François Simiand, o bien el trabajo de Marc Bloch sobre el libro de M. Halbwachs sobre *le Suicide*³. Estos artículos se encuentran, sin duda, entre los más bellos textos teóricos de *Annales*.

Pero también realizan puntualizaciones tan breves como severas, que llegan a arañar a todo el *gotha* de los historiadores. Ese estilo directo y polémico tendía a romper la pátina de prudencia universitaria que ahogaba el debate de las ideas, haciendo prácticamente imposible, por inconveniente, una verdadera discusión de la producción científica. Por otra parte, dicho estilo intentaba igualmente fabricarse enemigos, para construir sobre ese capital de hostilidad un espíritu de grupo, lo que sus directores mismos llaman *l'esprit des Annales*. Desde el primer año de la revista, Marc Bloch y Lucien Febvre se refieren al espíritu de *Annales* como si el grupo tuviese ya tras él una larga historia, y hubiese explicado ampliamente su doctrina y su programa. Esta gestión auto-referencial, que parece ser esencialmente, hasta 1939, una prerrogativa de los directores, permite sugerir la existencia de una línea doctrinal, sin tener nunca que exponerla.

* * *

No es nuestra intención reducir el movimiento de *Annales* a una empresa de mitómanos o de ilusionistas, sino que deseamos situar dónde reside su originalidad y comprender las razones de su éxito. Y es que evidentemente la originalidad del movimiento iniciado por Marc Bloch y Lucien Febvre consiste en mayor medida en la forma de afirmar su programa que en el programa mismo. Ellos insistieron en la necesidad de estudiar prioritariamente la historia de los grupos sociales y de las fuerzas colectivas. Esta preocupación figuraba ya en el manifiesto que escribió en 1876 Gabriel Monod, en el lanzamiento de la *Revue Historique*. Se trata de promover la historia económica y social. Lucien Febvre, antes de ponerse de acuerdo con

² Lucien FEBVRE, "Historia, economía y estadística", en *Annales d'histoire économique et sociale*, 1930, pág. 581.

³ Marc BLOCH, "Un síntoma social: el suicidio", en *Annales d'histoire économique et sociale*, III, págs. 590-592.

Marc Bloch, ya había imaginado una revista internacional de historia económica y social. En Inglaterra, en Alemania, en Bélgica, en Polonia, en los países escandinavos, ya existían corrientes del mismo signo que se esforzaban, desde principios de siglo, por orientar la investigación histórica hacia el estudio de las bases socioeconómicas. La mejor forma de imponer en Francia la renovación de los métodos y objetivos de la historia era federar las corrientes del mismo signo que ya existían en otros países. En una carta que le escribió al gran historiador holandés Johan Huizinga, para presentarle *Annales* y solicitar su colaboración. Lucien Febvre declara que su ambición es la creación en Francia de una revista análoga a la *Vierteljahrsschrift für Sozial-und Wirtschaftsgeschichte*.

En cuanto a la interdisciplinaridad, concebida como esfuerzo a la vez para multiplicar los modos de aproximación a la realidad social y para deshacer las murallas entre las distintas disciplinas, se trataba de una ambición perseguida, cada una a su manera, por las tres corrientes intelectuales que conforman *Annales*: la escuela geográfica de Vidal de la Blache y de Demangeon, el movimiento creado por Henri Berr con la *Revue de Synthèse*, y la sociología durkheimiana. Tres corrientes a las que Marc Bloch y Lucien Febvre se sienten unidos, aunque de distinta forma.

1. La escuela geográfica, especialmente brillante a principios de siglo, tuvo sobre ellos una influencia fundadora. La aproximación global que proponía para analizar la realidad social, basada en una doble relación dialéctica entre el tiempo y el espacio, entre los grupos humanos y el medio rural, sirvió de matriz intelectual a las concepciones históricas de *Annales*. Aunque se sublevaran a veces contra la rigidez y el determinismo un tanto mecanicistas del pensamiento geográfico —Lucien Febvre dedicó todo un libro (*La tierra y la evolución humana; introducción geográfica a la historia*) a discutir las teorías de los geógrafos—, el autor de *Felipe II y el Franco Condado*, y el autor de *Caracteres originales de la historia rural francesa* reivindicaron siempre esa herencia.

2. La *Revue de Synthèse*, en cambio, fue para ellos más bien un lugar de diálogo, un recipiente en el que forjar y aclarar sus ideas, antes que una fuente de inspiración teórica. Desde 1905, Lucien Febvre es el animador en la revista del sector dedicado a la historia regional, y Marc Bloch publica, en 1912, su primer artículo: «L'Ile-de-France (Les pays autour de Paris)». Fue, por tanto, en la revista de Henri Berr donde ambos comenzaron a preconizar y a realizar la unión entre la historia y la geografía. En Lucien Febvre, la afinidad intelectual con las ideas de Henri Berr es más antigua y quizá también más profunda. En el prefacio del primer número de su revista, y más tarde en su libro-manifiesto *La synthèse en histoire*, Henri Berr había contrapuesto su empresa a la de *L'Année Sociologique*; a diferencia de los durkheimianos que basaban las posibilidades de una apro-

ximación global de la realidad en el estudio de los hechos sociales, Henri Berr pretendía construir la síntesis histórica sobre datos psicológicos⁴. En este esfuerzo por encasillar la historia de las ideas en una historia de las representaciones mentales y de los fenómenos de la psicología colectiva, se perfila ya el concepto de historia de las mentalidades que es presentado frecuentemente hoy día como la imagen de marca de *Annales* —aunque haya estado pocas veces presente en *Annales d'Histoire Economique et Sociale*—. Por lo que respecta a la constante preocupación de Henri Berr, filósofo por formación y temperamento, por dar testimonio en términos científicos de la forma en que el individuo está ligado a su grupo social, a su época, se trata esta vez de una preocupación que inspiró una buena parte de la obra de Lucien Febvre (desde *Un destin, Martin Luther* hasta *Problème de l'incroyance chez Rabelais*). Ese mismo Lucien Febvre, humanista y especialista del siglo XVI que, hasta 1939, sigue expresándose más gustosamente en la *Revue de Synthèse* que en *Annales*.

3. Con la escuela durkheimiana, la filiación es a la vez teórica y métrica. Alrededor de la revista *L'Année Sociologique*, la escuela de la que Emile Durkheim era a la vez el jefe y el teórico principal, había querido hacer de la sociología la ciencia social unificada en la que los puntos de vista y las formas de aproximación de las diferentes disciplinas vendrían a confundirse para alcanzar un estatuto científico. Esta pretensión debía de tener un gran porvenir teórico en la medida en que iba acompañada de una reflexión en profundidad sobre las condiciones de un conocimiento científico de la realidad social; pero estaba condenada al fracaso en el plano diplomático. La guerra de 1914-1918 dispersó y decimó a la escuela de Durkheim. De todos modos, el doble objetivo que le atribuía a la sociología, es decir hacerse aceptar por el *establishment* universitario (por ejemplo, multiplicando las cátedras de sociología) y reemplazar a todas las demás disciplinas, le encerraba en una contradicción insuperable. ¿Cómo puede hacerse aceptar por las demás disciplinas, haciéndolas admitir al mismo tiempo que ya no tienen razón de ser?⁵.

Los durkheimianos perseguían un diálogo con la historia especialmente

⁴ Acerca de la empresa intelectual de Henri Berr, véase William R. KEYLOR, *Academy and community: the foundation of the French historical profession*, 1975, en especial el capítulo 8, "Henri Berr and the terrible craving for synthesis". Véase igualmente Giuliana GEMELLI, "Tra due crisi: la formazione del metodo delle scienze storico sociali nella Francia repubblicana", en *Atti della Accademia delle Scienze dell' Istituto di Bologna*, vol. LXVI, 1977-1978.

⁵ A este respecto, véanse dos artículos importantes de Victor KARADY, "Durkheim, las ciencias sociales y la universidad: balance de un semifracaso", en la *Revue Française de Sociologie*, vol. XVII, núm. 2, 1976, y "Estrategia del éxito y de los modos de hacerse conocer de la sociología en los durkheimianos", en la *Revue Française de Sociologie*, vol. XX, núm. 1, 1979. Acerca de la "marginalidad" de los durkheimianos, un punto de vista matizado y estimulante es el de Terru N. Clark, *Prophets and patrons. The French university and the emergence of the social sciences*, 1973.

conflictivo. Así puede apreciarse en el debate que mantuvieron, en 1903, el sociólogo François Simiand y el historiador Charles Seignobos⁶. A decir verdad, el debate se había iniciado anteriormente. Para *L'Année Sociologique*, el cuestionamiento del estatuto científico de la historia era una exigencia fundacional. A partir de 1896, Durkheim, al exponer las orientaciones de su revista, escribía en el primer número de *L'Année Sociologique*: «La historia no puede ser una ciencia más que en la medida en que explica, y sólo se puede explicar comparando... Pero, si se pone a comparar, la historia se hace indistinta de la sociología.»

Treinta años más tarde, Lucien Febvre, al presentar la obra de François Simiand en su bellísimo artículo «Historia, economía y estadística», no duda en afirmar que dicha obra corresponde a los «deseos» de *Annales*; y añadía: «Esta observación podría parecerle paradójica a algunos de nuestros contemporáneos, porque si ha habido alguna vez un hombre que les haya dicho a los historiadores duras verdades hace unos años, ese hombre es precisamente François Simiand. Mejor no despertar viejos ecos...». Toda la estrategia de *Annales* reside en esta observación. Marc Bloch y Lucien Febvre no disimularon nunca lo que sus concepciones le debían a *L'Année Sociologique*. La presencia de Maurice Halbwachs, sociólogo durkheimiano, en el Comité de Redacción de *Annales* atestigua, y por así decirlo oficializa, dicha filiación. Volver a tomar por su cuenta, para proponérselas a los historiadores, las exigencias que *L'Année Sociologique* había opuesto a la historia corresponde tanto a su convicción como a su proyecto: imitar la fórmula, evitando la contradicción que había condenado al fracaso a la estrategia de hegemonía de los durkheimianos.

Por eso, en lugar de oponer a las otras disciplinas un sistema cerrado que las excluiría del campo científico, buscando al mismo tiempo el ser reconocida por ellas, *Annales* cultivan la marginalidad y el antidogmatismo. El antidogmatismo es el deseo de asignarle al historiador no una teoría preestablecida de la realidad o un terreno estrictamente delimitado, sino un campo inextinguible de problemas a plantear y a resolver partiendo de lo ya vivido por la humanidad. De ahí su negación del positivismo que concibe la realidad histórica como una yuxtaposición de hechos ya constituidos, y de todas las sistematizaciones, ya se trate del marxismo dogmático o de cierta teoría germánica del Estado. A propósito del libro del medievalista inglés de inspiración marxista del que hace una crítica en 1929, Marc Bloch escribe: «...M. Thompson, cuyo materialismo histórico suele adornarse de intemperancia, se esfuerza de buena gana por descubrir en los movimientos religiosos de la Edad Media motivaciones de carácter económico. Por lo que

⁶ Cf. Jacques REVEL, «Historia y ciencias sociales, los paradigmas de *Annales*», en este mismo número.

a mí respecta, me llaman mucho más la atención los resultados económicos de los fenómenos religiosos»⁷.

La marginalidad la encuentran en la crítica de las instituciones universitarias (agregación, Congreso de Ciencias Históricas, «Ecole des Chartes», etcétera). *Annales* prefieren la competencia —como interlocutores y como colaboradores— de ciertos medios extra-universitarios. Expertos internacionales (como Mecquet), especialistas venidos del mundo de la banca (como Houdaille), colaboran asiduamente con la revista en esta época. Es también la apertura hacia los medios científicos extranjeros, y no sólo con la Europa central germánica y eslava, también la Europa latina, con la que las revistas históricas francesas mantenían relaciones cuasi oficiales, y asimismo los Estados Unidos, la URSS y el Japón. En 1931 Marc Bloch presenta un artículo de N. S. B. Grass, profesor de la *Harvard Business School*, insistiendo en el hecho de que los hombres de negocios y de acción necesitan a la historia, no ya para obtener de ella ejemplos o precedentes, sino sobre todo para estudiar los mecanismos del cambio. Ese mismo año, los dos directores se complacen en saludar la primera contribución del profesor Asakawa, quien informará regularmente en la revista sobre la producción científica japonesa.

Esta marginalidad era más táctica que real, ya que Marc Bloch y Lucien Febvre, como acabamos de ver, se encontraban, por su estatuto, completa y brillantemente integrados en el sistema universitario. La marginalidad consistía en fijar, fuera de las instituciones, un lugar de disidencias desde el cual se podía interpelar a la comunidad de los historiadores, denunciando sus falsas certezas: lugar privilegiado, lo mismo para atraer a aquellos que soportaban mal el conservadurismo y las conveniencias del medio en que estaban, que para hacerse escuchar por otras disciplinas.

* * *

Táctica y estrategia de hegemonía: parece como si quisiéramos presentar a Marc Bloch y Lucien Febvre como caudillos o aventureros, siendo así que pocos habrán sido los historiadores que hayan dedicado a su oficio, y a la investigación, una pasión tan desinteresada. En realidad, todo proyecto científico es inseparable de un proyecto de poder. El historiador no es sólo un sujeto de su época, como suele afirmarse cuando se quiere recordar que debe compartir las ideas y a veces los prejuicios de su tiempo; el historiador se inserta también en una compleja red de relaciones universitarias y científicas, cuyo fin es la legitimación de su saber —es decir, de su trabajo—,

⁷ Marc Bloch, "Clasificación y elección de los hechos en la historia económica", en *Annales d'histoire économique et sociale*, 1929, págs. 252-258, a propósito del libro de James W. THOMPSON *An economic and social history of the middle ages*.

y la preeminencia de su disciplina. Desde el dominio puramente intelectual hasta las múltiples consecuencias sociales de este dominio, la ambición científica puede proponerse todo un abanico de objetivos más o menos vulgares según el temperamento del sabio y su lugar en la sociedad. Pero el hombre de ciencia no tiene más razones para olvidarse de los intereses de su disciplina que para olvidarse de los intereses de su grupo social. La voluntad de convencer y la voluntad de dominar están tan unidas como la luz y la sombra.

Si quisiéramos razonar como los médicos de Molière, podríamos decir que la mejor prueba de la existencia de una estrategia de hegemonía en el proyecto de *Annales* es que esta estrategia ha tenido éxito. Marc Bloch y Lucien Febvre fueron ayudados por las circunstancias. Los bloqueos del pensamiento geográfico, la dispersión de la escuela durkheimiana, el aislamiento de los economistas en el *ghetto* de las facultades de Derecho, creaban un espacio vacío en el corazón de las ciencias sociales de Francia, allí donde deberían haberse diseñado polos de atracción. El lugar vacío estaba disponible. *Annales* lo tomó, no mediante una operación premeditada sino por una adaptación instintiva a las necesidades teóricas del momento... y por derecho de herencia. Porque lo adquirido por el pensamiento geográfico y el aporte metodológico de la escuela durkheimiana no fue, para Marc Bloch y Lucien Febvre, una receta para obtener éxitos. Ellos han reclamado de forma permanente una herencia intelectual, que estructuró profundamente su gestión de historiadores.

Esta iniciativa, que ha obligado al pensamiento histórico a su renovación, tomaba como punto de partida, como grado cero de la historia, no ya la noche de los tiempos, los más antiguos orígenes, sino el tiempo más contemporáneo. La importancia que se le da a los problemas contemporáneos no es la menor de las paradojas de una revista que tanto sufrió para conseguir ser aceptada precisamente por los especialistas en historia contemporánea. Hasta 1939, la tercera parte y en algunos años más de la mitad de los artículos publicados por *Annales* se refieren al tiempo presente. En un principio, por supuesto, la Crisis, fenómeno predominante y planetario, evocado por la revista de forma permanente y bajo todas sus formas: crisis financiera, crisis agrícola, paro, etc. Pero también la experiencia Roosevelt, el nacimiento del nazismo, la planificación soviética, son analizados de forma casi inmediata.

En 1933, por ejemplo, bajo la rúbrica «Encuestas contemporáneas», aparece un artículo de J. Houdaille: «La crisis bancaria y la gran crisis en los Estados Unidos», que evoca los efectos de las medidas legislativas adoptadas... en 1932. Ese mismo año, P. Monbeig siente la necesidad de añadir, como *post-scriptum* de su artículo «La reforma agraria en España», una breve puntualización: «Algunos meses han pasado —escribe excusándose— entre el momento en que este artículo fue escrito y aquel en que aparece». Ante

tamaño deseo de actualidad, casi estaríamos por hablar de historia inmediata si no se tratase, en realidad, de presentar algo completamente opuesto a una instantánea: un análisis distanciado que atraviesa al fenómeno en el sentido de su máxima profundidad para eliminar la ilusión de discontinuidad.

La historia *sorbonnarde*, antes que nada política y diplomática, que ejercía su predominio en esa época sobre las grandes revistas de historia, abordaba gustosamente los acontecimientos recientes. La *Revue Historique* y la *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine* presentaban numerosos artículos que insistían constantemente en mostrar la responsabilidad de los imperios centrales en el inicio diplomático de la guerra de 1914-1918 y en devolver a Francia la región de Alsacia-Lorena. No es pues el hecho de darle una importancia grande a la historia muy reciente lo que da lugar al «espíritu de *Annales*», sino la forma de abordar esta historia reciente, o más concretamente el tipo de diálogo entre el pasado y el presente que se le propone al historiador. Al evocar las enseñanzas de Camille Jullian, el gran historiador de las Galias, cuya especialidad le llevaba lógicamente más bien lejos del mundo contemporáneo, Marc Bloch escribe en 1930: «No quisiera privarme del placer de citar aquellas líneas en las que M. Jullian invita al historiador a recordar que no debe dejarse absorber por el pasado 'porque no comprenderá entonces cómo viven los demás hombres próximos a él, si no levanta la vista para mirar a su alrededor... sin esta noción exacta de la vida, la historia no será más que un esqueleto descarnado'.» Si se nos permite la afirmación, éste es el programa de *Annales*.

Lucien Febvre, que se refiere constantemente a esta preocupación, precisa su dimensión heurística en un artículo de 1933, titulado «Sobre la historia-cuadro: un ensayo de crítica constructiva», y del que citamos el siguiente párrafo: «Entre el presente y el pasado no existe una separación estanca: *ése* es el estribillo permanente de *Annales*...; formémonos para utilizar correctamente la fuerza de sugestión manifiesta que ejerce sobre el espíritu de los historiadores, si quieren comprender correctamente el pasado, el conocimiento preciso de los hechos contemporáneos». Hay que romper con el discurso histórico profético que ve en el pasado el anuncio y la preparación inevitable del presente: hay que romper con las implicaciones teológicas de esa forma de pensar que supone siempre que el devenir histórico es el cumplimiento de un destino o la existencia de un sentido inmanente; hay que romper, finalmente, con la historia-tribunal, ennoblecida por el idealismo alemán del *Weltgeschichte ist Weltgericht*. La comedia judicial que realiza el historiador, aunque en su variante positivista se rodee de todas las precauciones de la erudición científica, sólo intenta legitimar el presente, mediante la rehabilitación o la denuncia de un determinado episodio del pasado.

Mientras el historiador siga actuando como si el pasado escondiese de

forma natural en sus flancos, en virtud de la repetición (las lecciones de la historia) o del engendramiento (la explicación mediante los orígenes), el sentido de nuestro presente se verá condenado a un discurso mitológico. Para arrancar a la historia de esta especie de mercenariado ideológico, que ejerce con buena conciencia en provecho de los poderes institucionalizados (el Estado, la nación o algún determinado grupo social), y para hacerle admitir las exigencias de la práctica científica, Marc Bloch y Lucien Febvre quieren conducirla a invertir esa relación entre el pasado y el presente que se encuentra en la base de su funcionamiento. Hay que partir del presente en lugar de descender lentamente hacia él, hay que hacerse analista y no profeta, porque el historiador, como los demás especialistas en ciencias sociales, no puede responder más que a las preguntas que le plantea la sociedad en la que vive.

No es seguro que los historiadores hayan podido aprovechar todas las perspectivas que ofrecía dicho programa. De los dos procedimientos de investigación que preconizan con insistencia Marc Bloch y Lucien Febvre en los primeros números de *Annales*, el primero se quedó prácticamente en papel mojado, mientras que el segundo ha tenido una influencia considerable en el pensamiento histórico. El primero, que llamaremos «método recurrente», le debe mucho al pensamiento geográfico. Consiste en partir de una situación presente, por ejemplo el paisaje agrario, los hábitos alimentarios, o un fenómeno más complejo como los mapas electorales, y remontarse en el tiempo para reconstruir la génesis de esa situación, o más bien para distinguir las permanencias y las innovaciones, los diferentes niveles de temporalidad, las combinaciones del tiempo breve y de la larga duración, que han fabricado nuestro presente. En un método excitante, pero especialmente difícil para abordar los elementos que el historiador suele utilizar. El segundo método, que los mismos fundadores de *Annales* llaman «la historia-problema», consiste en partir de un problema actual, de «la fuerza de sugestión que ejerce sobre el espíritu de los historiadores... el conocimiento... de los hechos contemporáneos», interrogando a través de dicho problema a la experiencia histórica. El desvío hacia el pasado no intenta justificar al mundo en el que estamos inmersos, ni reconciliarnos con él mediante la acumulación y el valor demostrativo de los precedentes, sino que por el contrario tiende a hacernos más distantes de él, a relativizar sus incidencias, con el fin de comprenderlas mejor. Ni la penuria monetaria de la Alta Edad Media (que dio lugar en la revista a toda una serie de artículos y debates sobre «Mahoma y Carlomagno», de H. Pirenne), ni la inflación del siglo XVI son signos precursores o prefiguraciones de la gran depresión, dentro de la cual se inscribe el primer decenio de la vida de *Annales*. Pero el hecho de estudiar dichos fenómenos a partir de una malla analítica extraída de la experiencia contemporánea permite comprender mejor los mecanismos del cambio, y sobre todo nos lleva a admitir la

variabilidad de los modos de articulación del universo económico y del universo social.

Este vaivén del pasado al presente es aceptado por los fundadores de *Annales* como un principio de conocimiento perfectamente reversible. El historiador no necesita preguntarse si es el presente el que le ayuda a comprender al pasado, o si el pasado que le ayuda a comprender el presente. La confrontación de los dos le permite huir del marco ideológico por el que se adhiere al mundo que le rodea, produciendo un cierto saber; ¿qué más puede esperar?

* * *

La orientación de *Annales* se deja quizá descifrar mejor en aquello que niega que en lo que propone. Una exclusión evidente: la historia política. Esta, más aún que la historia acontecimental (que nunca es denunciada como tal en la revista), ha sido privilegiada por la escuela positivista, según el reproche que le hacen Bloch y Febvre: «Es sabido también que la historia económica y social no ha retenido la atención preferente de M. Seignobos», escribe Lucien Febvre en 1935, pues él es partidario a su manera de «lo político ante todo», lo que nos parece cuando menos tan discutible como ese marxismo del que intenta decirnos, en el último de los artículos reunidos por sus discípulos, «todo aquello que lo mantiene vivo»⁸. Política e ideología se unen para hundir al historiador en el anacronismo, para hacerle olvidar que está mirando al pasado con las gafas de su tiempo.

La exclusión de lo político proviene de una reflexión a la vez sobre el objeto de la ciencia histórica y sobre la función social de la ciencia. Los fenómenos políticos han sido privilegiados por los historiadores desde el siglo XIX porque nuestras categorías políticas están encastradas en un discurso esencialmente histórico. Cuando desentrañamos la madeja de decisiones e intenciones de los actores que ocupan la escena política, parece como si explicásemos todo el movimiento de la historia, cuando en realidad sólo consolidamos el relato mitológico que sustenta a nuestras representaciones políticas. Los historiadores deben dejar de proporcionar argumentos a la nación (o a los gobernantes), alimentando con ellos su necesidad de legitimidad retrospectiva, y deben intentar proporcionarles los medios para comprender mejor, y por tanto para dominar mejor, a los mecanismos de la realidad social.

Marc Bloch y Lucien Febvre soportaban mal —aluden frecuentemente a ellos en sus correspondencias— los sarcasmos de Paul Valéry sobre la historia en su *Regards sur le monde actuel* («la historia lo justifica todo...»). En realidad, están rabiosos contra esta presentación a la élite intelectual y

⁸ En *Annales d'histoire économique et sociale*, 1935, pág. 503.

al público culto de una concepción de la historia tan opuesta a la suya. Y es que la dolencia que para Valéry parece inseparable del saber histórico es precisamente aquella que ellos intentan desterrar en los historiadores. El poeta del espíritu científico y los fundadores de *Annales*, que no pertenecen en absoluto al mismo medio, pertenecen quizá en cambio a la misma corriente; una aversión común con respecto a las ideologías, o más bien respecto a una gestión de la sociedad de tipo ideológico, que puede ser englobada dentro de lo que se llama «el espíritu de los años 30»⁹. Esta corriente, que comprende al post-marxismo de Henri de Man tanto como al «planismo» francés, es producto de una nueva coyuntura intelectual —el progresivo abandono relativo del pensamiento filosófico ante el auge de las ciencias de la sociedad—, y de un traumatismo histórico: la Primera Guerra Mundial que desengañó a los idealistas de una parte de la *intelligentsia* al revelarles la ambivalencia de las ideologías y su responsabilidad en el desencadenamiento de pulsiones mortíferas.

Marc Bloch y Lucien Febvre encuentran un hueco en las dos experiencias. Por su formación, se ven profundamente implicados, tanto como por su acción, en el creciente empuje de las ciencias sociales. Los dos hicieron la guerra en primera línea; lo que suele llamarse «una buena guerra». Pero no volvieron de ella ni como combatientes arrogantes ni como pacifistas. Si no limó su patriotismo, es posible en cambio que esta bajada al infierno les haya revelado la amenaza de barbarie que pende sobre las sociedades modernas sometidas al reino de las ideologías.

En un bello texto, publicado en la *Revue de Synthèse Historique* en 1920, titulado «La historia en un mundo en ruinas» (texto que contrasta extrañamente con las parrafadas vengadoras y germanóforas de Henri Berr en el mismo número), Lucien Febvre evoca, mucho antes de la aparición de los *Regards sur le monde actuel*, de Valéry, e incluso antes que *Le déclin de l'Europe*, de A. Demangeon, el *aggiornamento* que la postguerra impuso al pensamiento europeo, y muy especialmente a los historiadores. Podríamos formular esquemáticamente el encaminamiento lógico que une el declive de Europa y el cuestionamiento del poder de los historiadores de la siguiente forma: la ciencia histórica bajo su forma romántica o positivista se sostenía sobre una visión evolucionista de la historia de la humanidad, señalada por la idea de progreso. En dicho contexto, Europa, que se había convertido en el vector principal de la civilización y del progreso, dictaba la historia del mundo. Una armonía perfecta reinaba entre los valores de la Europa industrial, los fines de la sociedad y la historia del mundo. Por tanto, sólo el historiador estaba capacitado para leer a la sociedad, para compren-

⁹ Desde el artículo de Jean TOUCHARD "El espíritu de los años treinta", en *Tendances politiques dans la vie française depuis 1789*, París, 1960. Véase igualmente la bibliografía abundante sobre este tema en Jean-Louis LOUBET DEL BAYLE, *Los no conformistas de los años treinta*, París, 1969.

der su funcionamiento y para prever su futuro. Este magisterio que detentaban al final del siglo XIX los historiadores de forma incontestada, a pesar de irritar a las ciencias sociales nacientes, iba unido estrechamente a la supremacía de Europa. Como toda institución, dicho magisterio tenía por supuesto la capacidad de durar mucho más tiempo de lo que su propia razón de ser lo permitía. La intuición de *Annales* es la de haber comprendido que se trataba de un poder de supervivencia, y que la historia no podría ya salvar su esencia más que transportándose con armas y equipajes al campo de las ciencias sociales.

¿Acaso los fundadores de *Annales* aceptaban las concepciones tecnocráticas de esta corriente? Sería erróneo intentar dar una definición política rígida a un cierto espíritu que cuestionaba precisamente a las categorías políticas dominantes. Mediante los durkheimianos que habían pertenecido al gabinete de Albert Thomas, secretario de Estado para las Fabricaciones de Guerra, Marc Bloch y Lucien Febvre estaban en contacto con el medio en el que había nacido en Francia la idea de una planificación económica. Albert Thomas, quien más tarde estuvo al frente de la OIT, siguió siendo un amigo fiel y un protector de Lucien Febvre. Su simpatía, muy modernista, por los Estados Unidos y la URSS, dos sociedades a las que admira por su voluntarismo económico, por el importante papel que atribuye a la ciencia y a las técnicas, y por el escaso margen que parecen dejarle a la política; su llamada reiterada, en los primeros manifiestos de *Annales*, a los «hombres de acción» y a los medios financieros que esperan del historiador un mejor conocimiento científico de la sociedad para elaborar soluciones técnicas, y no argumentos para justificar opciones políticas, tal tipo de afinidades pueden traducir una orientación tecnocrática, pero una orientación sin expresión política. *Annales* nunca pretendió influenciar a ningún partido ni aconsejar a ningún príncipe. Si queremos tener una idea de las posiciones políticas de Bloch y Febvre, más vale consultar su correspondencia o los testimonios de las personas más allegadas a ellos, que leer los números de la revista. Los dos pertenecen a la izquierda moderada, laica, republicana, abierta a las ideas socialistas, pero igualmente patriota y afecta al Imperio colonial; nada les distingue, en este plano, de su enemigo Seignobos o de la corriente mayoritaria de la *Revue Historique*. La crisis de febrero de 1934 les inquietó y alertó sobre el peligro fascista. El Frente Popular les sedujo, para después decepcionarles. Marc Bloch especialmente aplaudió las reformas anunciadas, pero encontraba al Gobierno demasiado débil frente a los grupos de presión tales como los sindicatos de funcionarios, de los que detesta la demagogia; Bloch condena la política de no intervención de España y teme un debilitamiento de la posición internacional de Francia.

Algunos partidarios de este revisionismo de los años 30 estuvieron posteriormente en el movimiento de Vichy de 1940. Para algunos historiadores, propensos a las explicaciones finalistas, ésta es la prueba de que el espíritu

de los años 30 conducía directamente a la colaboración. El argumento es muy pobre en sí mismo. Y es especialmente absurdo por lo que a los fundadores de *Annales* concierne. A decir verdad, incluso durante el drama de la ocupación, que parecía devolverles a las antiguas categorías políticas la evidencia y el vigor de la juventud, este espíritu inspiraba y atravesaba a los dos campos: los proyectos de reforma de la Educación que Marc Bloch (quien había sido encargado por la CGE para elaborar el programa de la Resistencia en dicho campo) publicó en la revista clandestina *Les cahiers politiques*, se asemejan por su afán de modernización y de planificación, a ciertas veleidades de la legislación de Vichy.

El rechazo de lo político por parte de *Annales* no afecta a la práctica política, a los compromisos del ciudadano; ¿cómo imaginar que un hombre haya podido comprometerse hasta el sacrificio de su vida por una causa o unos valores a los que rehusaba acordar la menor importancia? Hay que ir más allá y renunciar a querer comunicar de forma demasiado simplista la imagen del hombre que interviene en la historia y la del sabio que se esfuerza por comprenderla. Si Marc Bloch y Lucien Febvre prefieren dejar a un lado la historia política es, según ellos mismos, no sólo porque el historiador corre el riesgo a cada paso de caer en la trampa del discurso ideológico, sino porque precisamente la historia política no permite penetrar en el corazón mismo de la realidad histórica: lo que los hombres deciden o declaran cuenta muy poco. En lo esencial, la historia se hace a su costa, mediante fuerzas que les dominan o bien mediante mecanismos mentales que les constriñen.

Por economía de espacio, hemos supuesto que las concepciones de Marc Bloch y de Lucien Febvre eran plenamente coincidentes. De hecho, no es seguro que Lucien Febvre, que se esforzó en gran parte de su obra por pensar sobre la relación entre el individuo y la historia, y que criticaba el «sociologismo» de Marc Bloch en la crítica de la «Société féodale» que publicó en *Annales*¹⁰, estuviese dispuesto a seguir en este punto las radicales conclusiones de su amigo. Dichas conclusiones indican, sin embargo, la línea de mayor inclinación que siguieron en Francia las ciencias sociales más adelante: desde el estructuralismo de Claude Lévi-Strauss hasta la arqueología intelectual de Michel Foucault¹¹, la investigación penetró por esa brecha que el pensamiento histórico había creado en la gran muralla del antiguo sistema intelectual, aquel en que el hombre decidía sobre el sentido de la historia y sobre la ordenación del mundo.

¹⁰ Más exactamente en *Mélanges d'histoire économique et sociale*, 1942. Sobre la dualidad Bloch-Febvre, véase Marina CEDRONIO, "Annales attraverso le pagine delle *Annales*", en *Storiografia francese di ieri e di oggi*, Nápoles, 1977.

¹¹ Cfr. Traian STOIANOVICH, "French historical method". *The Annales Paradigm*. Ithaca, New York, Cornell Univ. Press., 1976.

Historia y Ciencias Sociales: Los paradigmas de *Annales*

Jacques Revel

Los momentos de éxito son tiempos difíciles. En efecto, nunca fue la revista *Annales* tan citada, tan utilizada, tan imitada. Se le dedican coloquios y estudios¹. En el extranjero, en casi todos los países, incluido el mundo anglosajón, tan reticente en tiempos, se reivindica su herencia. Hay incluso un aspecto inquietante en este nuevo crecimiento del interés que despierta la revista: por todas partes se analiza y se disecciona un movimiento que se supone que sigue vivo. ¿Pero seguro que está realmente vivo? En el momento mismo en que la revista y los que se identifican con ella se convertían en objeto de estudios historiográficos, la crítica se hizo más severa, atacando incluso a veces el éxito mismo de la empresa, a la que le re-

¹ La multiplicación a ritmo acelerado de libros y artículos en los últimos cinco o seis años hace de cualquier puntualización bibliográfica algo ilusorio y parcial. Retengamos al menos Traian STOIANOVICH, *French historical method: the Annales paradigm*, con un prólogo de F. Braudel, Ithaca-Londres, Cornell Univ. Press, 1976. También L. ALLEGRA, A. TORRE, *La nascita della storia sociale in Francia; Dalla commune alle Annales*, Turín, Fundación Einaudi, 1977. Igualmente M. CEDRONIO, M. DEL TREPPO, F. DÍAZ, C. RUSSO, *Storiografia francese di ieri e di oggi*, Nápoles, 1977. Una reflexión general de M. DE CERTEAU, "La operación historiográfica", en *L'écriture de l'histoire*, París, 1975, págs. 63-120. Finalmente, se podrán encontrar elementos útiles en las actas de un coloquio dedicado al impacto de *Annales* sobre las ciencias sociales, publicadas en *Review*, I, núms. 3-4, 1978. En dicho coloquio fue presentada una primera versión de este texto.

procha el no ser ya, precisamente, más que una empresa. Criticando con más profundidad, cabe cuestionar la fidelidad de *Annales* al programa de sus fundadores; o bien, inversamente, se le pueden imputar a dicho programa las dificultades, los callejones sin salida que hoy pueden observarse². Estos debates, estos estudios tienen al menos un mérito: nos invitan a preguntarnos sobre la unidad de un movimiento intelectual que dura desde hace medio siglo —en realidad desde bastante antes, como veremos—, aun cuando esta unidad pudiera parecerles evidente a sus simpatizantes y a sus adversarios.

Este interrogante es tanto más necesario cuanto que se termina por olvidar que *Annales* no sólo tiene un origen —la ruptura fundacional de 1929— sino también una historia. Los programas, las declaraciones de intenciones pueden dar quizá una imagen de continuidad sin problemas; en cincuenta años, el oficio de historiador ha cambiado, y en esta evolución, por otra parte, la intervención de *Annales* no ha sido en absoluto despreciable. El campo disciplinar, la función social del historiador, el estatuto del trabajo científico, han sido trastornados profundamente: ¿quién podría creer que el discurso histórico se ha mantenido intangible?

Sin embargo, el análisis de estos cambios es trabajoso. En primer lugar porque la historia de *Annales* se ve en seguida marcada por una doble leyenda. Una leyenda negra que, desde los primeros años, le cayó encima a una revista agresiva, irritante, que daba fácilmente lecciones a los demás, y que se había fijado como tarea la de resolver las reglas y los usos de la comunidad historiadora establecida. Esta hostilidad retrocedió ante el éxito de la revista. Sería vano creerla completamente abolida, y han venido a recordárnoslo recientes debates. Pero hay también, y quizá sobre todo, una leyenda dorada, sustentada en el éxito intelectual e institucional, y que consagra conjuntamente el gesto de los padres fundadores, Marc Bloch y Lucien Febvre y la continuidad de una tradición. No deben estas palabras traslucir ninguna ironía: después de todo, es extraordinario, y para aquellos que se sienten próximos a la revista no debe de serles indiferente el hecho de que un movimiento intelectual colectivo se haya otorgado una identidad tan explícita, reivindicando con tanta perseverancia su origen y su unidad. En la revista, los editoriales, los aniversarios, los retratos fueron durante mucho tiempo el pretexto para recordar, incansablemente, la existencia de un proyecto continuado mantenido por una comunidad científica. Nada lo expresa mejor que la presentación de los nuevos *Annales* que hace Fernand Braudel, hace ya diez años: *Annales* mudan de piel, una vez más. Se

² Se podrán encontrar ilustraciones simétricas de esta crítica en los artículos de Joseph FONTANA, "Ascens e decadencia de l'Escola dels Annales", *Recerques*, Barcelona, 1974, 4, págs. 283-298; Tony JUDT, "A clown in regal purple: social history and the historians", *History Workshop*, 7, 1979, págs. 66-94. Y, por otra parte, Furio DÍAZ, "Le stanchezze di Clio", *Storiografia*, cit., págs. 73-162. Estas referencias no son, por supuesto, más que notas indicativas y podrían ser multiplicadas.

mantiene así la revista fiel al espíritu de Lucien Febvre y Marc Bloch, sus fundadores hace ya cuarenta años. Su fin ha sido siempre servir a la historia y a las ciencias del hombre, pero manteniéndose, lo más que se pueda y corriendo los riesgos inherentes a esta postura, en el mismo límite de las novaciones que se esbozan. Hay otras revistas, además de la nuestra, que sirven a nuestro oficio y conservan sólidamente las tierras ya conquistadas. Su papel nos parece importante, decisivo, irremplazable. Y además nos permiten a nosotros desempeñar una función diferente en la coyuntura intelectual de nuestra época»³. Todo puede ser leído en este texto que termina con el deseo de ver pronto unos nuevos «nuevos *Annales*»: la afirmación de una fidelidad que nunca aparece más claramente que en la innovación y la voluntad de inscribir la continuidad y la coherencia del movimiento bajo el signo de una diferencia esencial; además, dando testimonio todavía de los indicios más dispersos, pero no menos significativos: el recurso a la referencia legitimadora —a la que este texto es consciente de no escapar—, y el uso del «nosotros», o mejor aún del colectivo impersonal —*Annales*, sujeto en nombre colectivo— en aquellos que llevan la responsabilidad de la revista, pero también en gran número de los colaboradores ocasionales. Esta identificación repetida ha podido, incluso, enmascarar en ciertas ocasiones auténticos desacuerdos.

Y es que esta comunidad proclamada plantea más cuestiones de lo que propone explicaciones. ¿Qué puede tener en común el pequeño grupo de profesores de la Universidad de Estrasburgo que, al final de los años 20, intenta la aventura de una revista y marcha al ataque de la ciudadela universitaria, con la poderosa red que se ha constituido desde hace veinticinco años alrededor de *Annales* y de la Escuela de Altos Estudios?; ¿entre esa red, todavía homogénea entonces, y las ramificaciones difusas que proliferan hoy y que, mucho más allá del campo científico, escapan a menudo a la iniciativa y al control de la revista? ¿Qué tienen en común el programa muy unificado de los primeros años y la aparente explosión de las orientaciones más recientes? Sólo una historia del movimiento podría aportar aquí respuestas seguras. Pero esta historia no existe hoy día, y por una razón doble: por una parte, la mayoría de los ensayos que le han sido dedicados parten del discurso que *Annales* sostiene sobre sí misma; tales ensayos admiten por principio la continuidad y la coherencia, y se contentan frecuentemente con ilustrarlas, planteando la existencia de una «escuela» allí donde hay sobre todo un movimiento, una sensibilidad, diversas estrategias: una «actividad poco preocupada en el fondo por las definiciones teóricas. Por otra parte, conocemos, al menos de forma aproximada, mediante textos de método, mediante testimonios, las corrientes de ideas que convergen sobre la revista; pero sólo nos proponen una historia ideológica y, de partida,

³ Fernand BRAUDEL, *Annales ESC*, 1969, 3, pág. 571.

abstracta. ¿Capilla? ¿Reagrupamiento informal? • ¿Sindicatos de interés? ¿Holding, como se ha dicho a veces en estos últimos tiempos? A pesar de algunos elementos ya agrupados⁴, ignoramos casi toda la sociología del movimiento, de la composición de las redes sucesivas y sedimentadas que estuvieron, en uno u otro momento, totalmente o sólo en parte, asociadas a *Annales*: apenas conocemos la organización y el funcionamiento del campo de las ciencias sociales tal y como lo han definido y modelado, desde principios de siglo, las instituciones universitarias, los recortes científicos, y también las relaciones concretas de fuerza o de prestigio que jerarquizan a las disciplinas y a los grupos. Sólo una encuesta sistemática permitirá marcar el lugar del historiador en el seno de las ciencias sociales en Francia, y la función que ha desempeñado en su desarrollo. Nos queda igualmente por comprender mejor la forma que ha adoptado ese desarrollo, con sus avances, sus retrasos, sus bloqueos, analizando las condiciones de innovación, de recepción, de reproducción del trabajo científico. Esta investigación no ha sido aún realizada. Y será larga y compleja, a causa de la intervención multiforme de *Annales* durante medio siglo. Hasta que no se haga así, y las reflexiones que siguen van a ser un ejemplo claro, habrá que contentarse con hipótesis demasiado generales y proposiciones empíricas.

Historia y ciencias sociales, la historia como ciencia social: estas palabras son usadas ya por la retórica académica. Y, sin embargo, fueron nuevas, y habrá que demostrar que definen, ya desde el origen, el corazón del programa de *Annales*. Pero un programa cincuentenario tiene una historia; se ha desarrollado en un paisaje intelectual cambiante, en condiciones que no dejaron de transformarse, sobre todo si se proclama de entrada abierto al juego de todas las sollicitaciones del presente. Sobre estas transformaciones, y sobre las adaptaciones que intentan responderles, insistiremos aquí, sin intentar probar a toda costa la continuidad y la unidad. Es tanto como decir que no plantearemos de entrada la existencia de un «paradigma» general de *Annales*, en el que no creemos. Al intentar obtener una serie de paradigmas particulares que se han ido sucediendo (sin eliminarse siempre unos a otros, por demás), quisiéramos más modestamente reflexionar sobre las condiciones prácticas del trabajo del historiador.

* * *

El nacimiento de *Annales* afecta profundamente, sin duda, a la reflexión de los historiadores sobre su disciplina y su oficio. El programa intelectual del que la revista es portadora aparece entonces como nuevo, agre-

⁴ Por T. STOIANOVICH, *op. cit.*, y sobre todo por J. H. HEXTER en un ensayo crítico y lleno de humor, "F. Braudel y el mundo braudeliano", *Journal of Modern History*, 1972, 4, págs. 480-539.

sivo, y se organiza sobre una propuesta central: es urgente sacar a la historia de su aislamiento disciplinar, hay que abrirla a los interrogantes y a los métodos de las otras ciencias sociales. Esta reivindicación, que afirma claramente la unidad de lo social por encima de los contactos parciales de que era objeto, recorre el medio siglo de *Annales*; es la unidad del movimiento, y supone probablemente su auténtica identidad —aunque, como veremos, se haya realizado según modalidades bastante diferentes—. Y, sin embargo, esta exigencia no era totalmente inédita, ya en 1929.

Un recordatorio nos introducirá en esta mayor duración en la que se inscribe la empresa de Bloch y Febvre. En 1903, en la entonces muy reciente *Revue de Synthèse Historique*, el sociólogo François Simiand presenta, bajo el título de «Método histórico y ciencia social»⁵ una crítica apretada del discurso tradicional del método histórico, de la última versión, en particular, que acababa de ofrecer al respecto Seignobos en «El método histórico aplicado a las ciencias sociales» (1901); Simiand desarrolla paralelamente un programa que situaría a la historia en el seno de las demás ciencias sociales —o de «la» ciencia social, para expresarnos como el propio Simiand—, de las que nada fundamental la separa por lo que al proyecto, e incluso a los métodos, respecta. El artículo de 1903 no se encuentra, por otra parte, aislado: constituye una de las piezas del gran debate que opone en Francia a los historiadores y a los sociólogos⁶. El texto es, además, voluntariamente provocativo; incluso injusto, en ocasiones: al contrario que P. Lacombe, Simiand no le presta la menor atención a los historiadores que, con los medios de que disponían, habían iniciado una crítica epistemológica e institucional tímida, parcial, pero en absoluto despreciable. En realidad, estamos ante un manifiesto, con todas las ventajas inherentes al género. Sin duda, endurece las oposiciones, simplificando las posiciones claramente delimitadas, pero tiene la virtud de formular pulcramente las bazas de la polémica. Y es que este manifiesto es importante por varias razones. Evoquemos simplemente por recordarlo el lugar que Simiand y su obra han ocupado en la reflexión de *Annales*, desde Lucien Febvre, comentarista perspicaz del «Curso de Economía Política», hasta E. Labrousse, y muy recientemente, J. Bouvier. Pero, ya más profundamente, llama la atención el papel desempeñado por la escuela francesa de sociología sobre la generación de Bloch y Febvre. Papel

⁵ *Revue de Synthèse Historique*, 1903, t. VI, págs. 1-22 y 129-157.

⁶ El debate no es, por otra parte, estrictamente francés. Pueden encontrarse otras versiones en Alemania, Italia o en Estados Unidos. Sin embargo, en Francia adopta una coloración especial puesto que se trata de un momento esencial de una discusión más amplia sobre el papel de las ciencias sociales en la universidad y en la sociedad, cuyo envite político en los regímenes de la III República es bien conocido, puesto que se sitúa en los días difíciles después del caso Dreyfus. Sobre las implicaciones múltiples —políticas, institucionales, epistemológicas— de esta polémica, véase el excelente análisis de Madeleine REBÉRIOUX presentado en el coloquio dedicado al nacimiento de *Annales*, en Estrasburgo, octubre de 1979. Este estudio será publicado en las actas del coloquio de 1980.

complejo, por otra parte: los durkheimianos proponían a sus compañeros historiadores un proyecto, un estilo de intervención, y un modelo de sociabilidad intelectual, tal y como aparece en la primera *Année Sociologique*⁷. Y, por último, si le atribuimos tanta fuerza al texto de Simiand, es porque ha sido explícitamente reivindicado; bajo la dirección de F. Braudel, *Annales* lo volvieron a publicar, en efecto, en 1960 en una rúbrica significativa —«Debates y luchas»—, acompañándolo simplemente de una nota que recordaba su importancia para los historiadores que se formaron antes de la Segunda Guerra Mundial. Y así, ese artículo circunstancial, fechado y escrito en medio de la lucha durkheimiana, aparece posteriormente como una especie de matriz teórica. Las relaciones entre la historia y las otras ciencias sociales son definidas en el texto de forma tal que, setenta y cinco años más tarde, todavía son de recibo, al menos formalmente.

Simiand escribe contra una concepción de la historia que él denomina «historizante» y que nosotros nos hemos acostumbrado a llamar positivista. Ninguna de las dos etiquetas es satisfactoria, y probablemente se ha hecho mal aceptándolas sin intentar identificar mejor el complejo conjunto de concepciones y prácticas agrupadas bajo tales denominaciones⁸. Pero, como ocurre a menudo, el adversario se amalgama para las necesidades de la polémica. Fundamentalmente, la historia que critica Simiand es, sin embargo, la que se atribuye como medio y como fin la puesta en práctica de un método proclamado científico «que debe servirle a todos como centro de unión y de información»⁹ y que, por sí mismo, define las ambiciones y los privilegios del conocimiento histórico. Para esta «escuela metódica», la tarea esencial es el establecimiento de los hechos (según las reglas de la crítica erudita) planteando que se trata de datos cuyo sentido viene, precisamente, dado de antemano; basta, pues, con restituirle la realidad primera. Cada uno de estos hechos constituye, además, una unidad suficiente, y todos ellos vienen a ordenarse en el interior de un relato objetivo, una intriga —el tiempo cronológico de la evolución y del progreso— que sólo el historiador puede hacer visible y segura. Pero para Simiand, las técnicas críticas de la historia no definen en absoluto a una ciencia positiva, sólo hacen de ella un «procedimiento de conocimiento»; el empirismo reivindicado por los historiadores

⁷ Cf. John E. CRAIG, *The durkheimians and the Annales School*, comunicación inédita al IX Congreso Mundial de Sociología, Uppsala, agosto de 1978. R. CHARTIER y J. REVEL, "Lucien Febvre y las ciencias sociales", *Historiens et Géographes*, febrero 1979, págs. 425-442.

⁸ Véanse algunos elementos de crítica en el artículo de Ch. O. CARBONELL, "La historia llamada 'positivista' en Francia", *Romantisme*, número especial sobre los positivismos, 21, 22, 1978, págs. 173-186, y en Giuliana GEMELLI, "Tra due crisi: la formazione del metodo delle scienze storico-sociali nella Francia repubblicana", en *Atti della Accademia delle Scienze dell'Istituto di Bologna*, Rendiconti, 1977-1978, págs. 165-236.

⁹ G. MONOD, "Sobre el progreso de los estudios históricos en Francia", *Revue Historique*, t. 1, 1876.

reposa, de hecho, en las opciones que no son nunca explicitadas. La constitución de una verdadera ciencia social pasa por nuevas exigencias conceptuales, y en primer lugar por la elección de hipótesis que deben ser verificadas. En esta perspectiva, el hecho aislado no significa nada; no nos es dado, sino que está construido de forma que se integre en las series que permitirán determinar sus regularidades y sus sistemas de relación. La dimensión temporal no ofrece ya aquí el marco constrictor de una cronología lineal, sino un marco en el que cabe estudiar variaciones y recurrencias; la dimensión temporal sirve como laboratorio para una investigación que afirma de entrada la necesidad de la comparación. La clasificación construida sobre los hechos sociales debe así desembocar en la identificación de sistemas: «si bien el estudio de los hechos humanos tiende a explicar, en el sentido científico de la palabra..., este estudio se propone como tarea dominante la obtención de relaciones estables y definidas que... pueden aparecer entre los distintos fenómenos». Releyendo el texto de 1903 podemos observar lo que *Annales* sabrán captar del programa de Simiand: la primacía de la historia-problema, la búsqueda de modelos, la convergencia de las ciencias del hombre, e incluso la invitación al trabajo colectivo, a la encuesta, cuya importancia es conocida en la historiografía por venir.

Y, sin embargo, ¿de dónde viene ese manifiesto que propone de forma tan aparente el volver a pensar la investigación en ciencias sociales? Pues de un sociólogo durkheimiano, representante, por tanto, de una práctica científica nueva, conquistadora, pero acantonada, y para mucho tiempo aún, en la marginalidad universitaria y social¹⁰. Al principio del siglo, la sociología está insertada en el mundo académico francés de forma débil, pero tiene el dinamismo de las nuevas empresas. Con los historiadores, los sociólogos mantienen ambiguas relaciones de solidaridad y rivalidad: a menudo tienen ambos los mismos orígenes universitarios, intelectuales y políticos, y desde el principio la historia ocupa un lugar de honor en las revistas críticas de *L'Année Sociologique*. Pero la sociología, aún muy minoritaria, reivindica frente a las otras ciencias del hombre, y en particular la historia, un estatuto preeminente y un derecho de control conceptual del que la polémica de 1903 nos ofrece un buen ejemplo de su tono. No es indiferente, sin duda, el hecho de que sea desde la periferia del sistema universitario desde donde se ha proclamado la necesidad de hacer —sobre un modo voluntario— la unidad de las ciencias sociales, proposición tras de la cual se

¹⁰ Véanse, a este respecto, los excelentes estudios de Victor KARADY, "Durkheim, las ciencias sociales y la universidad: balance de un semifracaso", *Revue Française de Sociologie*, 2, 1976, págs. 267-312; "Investigación sobre la morfología del cuerpo universitario literario bajo la III República", *Le Mouvement Social*, núm. 96, 1976, págs. 47-79; "Estrategias de éxitos y modos de hacerse valer de la sociología en los durkheimianos", *Revue Française de Sociologie*, 1, 1979, págs. 49-82. Y más ampliamente en los dos números especiales que la *Revue Française de Sociologie* dedicó en 1976 y 1979 a Durkheim y sus seguidores.

denunciará pronto un imperialismo sociológico. Porque desde el punto de vista del sociólogo, las compartimentaciones disciplinares son poco defendibles: no tienen validez epistemológica, pero desempeñan una función intelectual institucional constrictora y retrógrada al prohibir cualquier reformulación del debate científico.

Un lugar especial le corresponde a la historia en el dispositivo nuevo de la ciencia social. Si nada distingue, en principio, la práctica del historiador y la del sociólogo, la del economista o la del geógrafo, la historia se ve asignar además la función de un banco de pruebas empírico para verificar las hipótesis forjadas fuera de ella. Y es que la dimensión temporal propone, en el fondo, la única posibilidad de experimentación a ciencias que, por definición, estudian hechos que no son reproducibles —al menos en el sentido en que lo entienden las ciencias exactas—. La historia, pues, se ve asignar un doble papel: el de aproximación de lo social, especialmente encargada de dar cuenta de los fenómenos del pasado; y, más específicamente, el de una ciencia social experimental, como anexo o como prueba, igual da, de todas las demás ciencias sociales. Su posición es importante, pero no es central.

Vayamos ahora a 1929, a la creación de *Annales*. La habilidad inaugural de Marc Bloch y Lucien Febvre se ajusta con bastante exactitud a los términos de Simiand¹¹, evocando a su vez, para criticarlas, las barreras disciplinares que separan todavía a los historiadores de todos aquellos que se consagran «al estudio de las sociedades y de las economías contemporáneas», y asignándole a la revista la tarea de unificar «empíricamente» («mediante el ejemplo y el hecho») no sólo el campo de la investigación histórica, demasiado compartimentado, sino el campo completo de las ciencias sociales.

Las opciones adoptadas por la revista explicitan ese programa. En primer lugar, la opción del título: en la fórmula «historia económica y social», tomada de la gran revista alemana *Vierteljahrschrift für Sozialund Wirtschaftsgeschichte*, lo social va a predominar bien pronto; primero porque «no existe una historia económica y social, sino sólo la historia en su unidad», como lo recordará L. Febvre, a partir de 1933, cuando su lección inaugural del Colegio de Francia. Después, y quizá sobre todo, porque lo social se muestra a la medida de las ambiciones ecuménicas y unificadoras de la empresa. Febvre, una vez más, lo expresa con toda claridad: «una palabra tan ambigua como social... parecía haber sido creada para servir de estandarte a una revista que pretendía no rodearse de murallas»¹². Las opciones intelectuales de *Annales* son, también ellas, significativas. La revista recluta a sus colaboradores mucho más allá del círculo de los historiadores e incluso de los universitarios. La información y la reflexión sobre los fenómenos muy contemporáneos —en especial sobre las sociedades en vía de transformación

¹¹ M. BLOCH y L. FEBVRE, "A nuestros lectores", *Annales d'histoire économique et sociale*, 1, 1929, págs. 1-2.

¹² Texto tomado a *Combats pour l'histoire*, París, 1953, pág. 20.

rápida y voluntaria— están sorprendentemente siempre presentes. Sobre todo, y siguiendo el modelo de *L'Année Sociologique*, la lectura crítica de los trabajos de sociología, de economía, de geografía, de psicología, ocupa, al lado de recensiones más estrictamente históricas, un lugar esencial —excepcional incluso, si se compara los sumarios de los primeros números de *Annales* con los de otras revistas históricas de su tiempo y probablemente también de nuestro tiempo—. Inéditos aún en las publicaciones históricas, los programas de encuestas colectivas que quieren amalgamar competencias e intereses pluridisciplinarios. Las múltiples aproximaciones a lo social, inspiradas casi siempre por las preguntas que formula el presente, se encuentran en el corazón de la renovación historiográfica de los años treinta.

La juventud de la revista es el tiempo de los descubrimientos y de las aventuras. Unos y otras están permitidos, puesto que se inscriben en la perspectiva unificadora de una ciencia de las sociedades humanas. Las relaciones esbozadas entre la historia y las ciencias sociales parecen situarse bastante bien en la línea del proyecto propuesto por Simiand, una generación antes. Pero no parece que las implicaciones y el sentido sean los mismos. He aquí una larga nota crítica que le dedica en 1930 Lucien Febvre al «Curso de Economía Política», de Simiand precisamente. Muy elogiosa, la crítica termina con estas palabras: «Historiadores, ¿qué hay ahí para nosotros? ¿Resultados para ser utilizados tal cual? ¿Procedimientos de investigación para ser transpuestos desde el presente hasta el pasado, sin modificación o, al menos, con la preocupación de modificarlos lo menos posible? Evidentemente no»¹³. Podemos, y debemos sin duda, leer este texto como un recuerdo de la función heurística consentida por Simiand a la experimentación histórica en el seno de una ciencia social unificada. ¿Pero le traicionaremos mucho si vemos también en él la impaciencia de un historiador que reivindica la especificidad de su aproximación y la necesidad de una dimensión histórica en toda reflexión sobre los objetos sociales?

Historiadores por su formación, por su carrera, Bloch y Febvre se preocupan lo primero de las confrontaciones empíricas, a las que abren las páginas de *Annales*. La descompartimentación disciplinar que predicán y que se esfuerzan por ilustrar en la revista no se identifica exactamente, ni en sus intenciones ni en su puesta en práctica, con el modelo durkheimiano. En seguida podemos observar lo que conservan de este modelo, y lo que rechazan. Lo que conservan: la voluntad de una mejor eficacia intelectual a través del replanteamiento incesante de las nociones admitidas, de las segmentaciones instituidas: «Cuando con veinte años, con sentimientos mezclados de admiración y de instintiva rebelión, leíamos *L'Année Sociologique*, una de las novedades que más nos llamaba la atención era acaso ese perpetuo esfuerzo de remozamiento, de readaptación de los marcos de clasificación que,

¹³ L. FEBVRE, «Historia, economía y estadística», *Annales*, 2, 1930, págs. 581-590.

de volumen en volumen, se flexibilizaba, se modificaba —y siempre por razones que los colaboradores de Durkheim exponían, discutían y formulaban claramente—¹⁴. Lo que rechazan, en cambio, al menos por omisión, es la construcción teórica que sostenía a la empresa de una ciencia social. Porque la afirmación de una unidad de lo social parte en ellos menos de una posición epistemológica que de una convicción de historiadores. En el momento en que se prepara para convertirse en la depositaria de lo social —como lo había sido en el siglo XIX de lo nacional—, la historia encuentra de nuevo sintomáticamente los acentos y la imaginería románticos: para Bloch, para Febvre, lo mismo que para Michelet, lo mismo que lo será para Braudel, su unidad es «la de la vida». Referencia orgánica fundamental sobre la cual podemos encontrar cien variaciones en las páginas de *Annales*: es sin duda más un acento de fe que la fundación en derecho de las ambiciones nuevas de los historiadores. Pero tal y como está, esta referencia va a dar lugar a un formidable dinamismo, a un apetito insaciable, por tomar el lenguaje «carnívoro» que tanto les gusta a Bloch y Febvre; apetito de lecturas, de iniciativas, de experiencias: dinamismo federador, que sitúa pronto a la historia en el centro de las ciencias del hombre.

Más adelante volveremos sobre esta vocación federadora de la historia. Retengamos que tal vocación nace en nombre de lo concreto y contra el «esquematismo», la tentación de la «abstracción»: «La historia vive de realidades, no de abstracciones»; los términos del debate tienen fecha, sin duda. Sin embargo, son característicos de varios decenios de historiografía, constituida en torno a la revista, y explican en parte la fuerza de atracción de un movimiento que, más allá de sus opciones intelectuales, e incluso en dichas opciones, se mantiene profundamente acogedor, incluso ecléctico. Una vigilancia crítica incesante, una retórica combativa no impiden, sino al contrario, que *Annales* se convierta en un lugar acogedor. A principios de siglo, la geografía vidaliana había dado el ejemplo de un cuestionario abierto, de una investigación a la vez multiforme e integrada, pero también había dado el ejemplo de una investigación concreta, inscrita en una región, en los grupos humanos, en un paisaje: Marc Bloch, y aún más Lucien Febvre, han reivindicado bastante a menudo la herencia de esta forma de pensar como para que sea necesario detenernos más tiempo. Es la experiencia que *Annales* se empeña en encontrar y orquestar a la mayor escala posible¹⁵. La capta-

¹⁴ L. FEBVRE, art. cit., pág. 583.

¹⁵ Resulta sin duda vano jerarquizar retrospectivamente ciertas influencias; el modelo geográfico parece sin embargo más determinante en los orígenes de *Annales* que en los de la *Revue de Synthèse Historique*, de Henri BERR, a causa, precisamente, de la integración efectiva de las aproximaciones en el seno de una investigación concreta, como ilustran el *Tableau géographique de la France*, de Vidal de la Blache, y las grandes tesis regionales de sus discípulos; pero también porque la ideología de las empresas de Berr está marcada por un evolucionismo social fundamental que permanece extraño a Febvre y Bloch, tanto como a sus sucesores. De la síntesis, *Annales* obtienen sobre todo una red y una forma de

ción del hecho social, al tener que ser global, prohíbe toda exclusión, y niega incluso cualquier jerarquía entre las aproximaciones particulares de las que es objeto. La dominante (relativa) «económica y social» de los primeros años de la revista no debe aquí inducirnos a error: lo económico está privilegiado, en primer lugar porque su estudio ha estado, hasta entonces, muy abandonado, y en segundo lugar, y sobre todo, porque las relaciones sociales son en el mundo de lo económico mucho más densas y visibles que en otros mundos. Pero no desempeña en ningún caso el papel de una instancia determinante del conjunto de los funcionamientos sociales, en el sentido en que lo entiende el análisis marxista con el que Bloch y Febvre mantienen, en *Annales*, una relación reservada y a veces francamente crítica¹⁶.

Las razones de sus reticencias han sido explicadas varias veces, aunque no hayan sido nunca expuestas de forma sistemática. Tales razones obedecen a una desconfianza instintiva ante toda construcción teórica que correría el riesgo de convertirse en coactiva, y nos envían a una aproximación de lo social que es globalizante en su proyecto pero fundamentalmente empírica en su gestión. Porque lo social no es nunca objeto de una conceptualización sistemática articulada: es más bien el lugar de un inventario siempre abierto, de las correspondencias, de las relaciones que fundamentan «a la interdependencia de los fenómenos». «La Sociedad Feudal» de Marc Bloch indica: «el análisis y la explicación de una estructura social con sus relaciones»¹⁷. Y Lucien Febvre escribe: «La tarea del historiador no es encontrar y desarrollar una cadena ininterrumpida de filiaciones sucesivas entre los agrupamientos y las sociedades... sino captar en el pasado toda una serie de combinaciones infinitamente ricas y diversas». La tarea de las ciencias del hombre es hacernos comprender, no mediante la simplificación o la abstracción, sino complejizando, por el contrario, lo social, enriqueciéndolo de significaciones puestas al día mediante la madeja indefinida de las relaciones. Por supuesto, hay que distinguir, clasificar; pero la taxinomia es en primer lugar reunidora, y el mejor punto de vista es siempre aquel que nos permite confrontar el mayor número posible de fenómenos.

Empirismo, apertura por principio a todas las confrontaciones: la dinámica de *Annales* se explica quizá tanto por una aptitud reivindicada

sociabilidad intelectual cuyo papel es importante al menos en los primeros años de la revista.

¹⁶ Sobre estas relaciones, véanse algunas observaciones interesantes de Marina CEDRONIO en su contribución "Profito delle Annales", en el volumen colectivo *Storiografia francese di ieri e di oggi*, Nápoles, 1977, especialmente en las páginas 10-18.

¹⁷ Febvre le reprocha al libro, en el análisis crítico que le dedica (*Annales d'histoire sociale*, 1940, págs. 39-43, y 1941, págs. 125-130) el ser demasiado esquemático y de marcar un retorno hacia "lo sociológico", que es una forma seductora de lo abstracto". Las posiciones de los dos directores de *Annales* no coinciden, por otra parte, de forma exacta, y evolucionan en sentidos diferentes durante los diez primeros años de la revista.

hacia la innovación como por el prestigio sólo de una gestión metodológica nueva. Pero la sociología académica de Francia entre las dos guerras nos ayuda, también ella, a comprender el éxito de la empresa. *Annales* no son la primera tentativa para organizar las ciencias sociales alrededor de la historia. En la *Revue de Synthèse Historique*, en el Centro Internacional de Síntesis, en su colección «La evolución de la humanidad», Henri Berr ya había intentado la constitución de una organización de la que Bloch y Febvre formaban parte y de la que pudieron obtener elementos positivos cuando llegó el momento. La síntesis se situaba, sin embargo, al margen de las instituciones universitarias, y la legitimidad académica siempre le faltó. En cambio, esta legitimidad *Annales* se la otorga sin reservas. Cuando la revista ataca a las concepciones historiográficas que dominan en la universidad, lo hace desde una posición universitaria. Sus fundadores son historiadores conocidos, cuya carrera es ya, en gran parte, un hecho consumado, no son en absoluto unos marginales; sus primeros colaboradores, aquellos que le darán a la revista su fisonomía original, pertenecen a una Universidad de Estrasburgo que fue tenida por brillante e innovadora después del éxito. Es más, incluso la revista es apadrinada por el prestigioso Henri Pirenne.

No obstante, la historia —y en menor grado la geografía, con la cual mantiene por otra parte una relación a la vez privilegiada y jerarquizada— goza del beneficio de un estatuto más favorable que el de las demás ciencias sociales. La sociología atraviesa en aquella época un largo purgatorio. Los jóvenes durkheimianos fueron dispersados por la guerra; el líder de la escuela ha desaparecido, y con él el proyecto sistemático del que la segunda *Année Sociologique* no podrá (o no querrá) volver a encontrar ni el espíritu ni el tono. Al igual que la psicología (cuya inserción no es, con mucho, solamente originaria de la Facultad), la sociología se mantiene unida a la enseñanza filosófica en las facultades de letras; las cátedras son escasas, además, y sólo se encuentran en los grandes centros, en las secciones de la *Ecole de hautes études*, y en el *Collège de France*. La etnología sigue acantonada en el Museo del hombre hasta después de la Segunda Guerra Mundial. La economía es un caso aparte, unida a las facultades de Derecho, diversificadas mucho antes en sus enseñanzas y en las formaciones que proponen, pero con escasa comunicación con la enseñanza «general» de las facultades de Letras¹⁸. La historia, por su parte, se beneficia del prestigio tradicional de las disciplinas clásicas. Tradicionalistas e innovadores, juntos, mantienen cátedras numerosas; la historia ofrece carreras y rentabiliza las competencias intelectuales, gestionando un capital social, institucional, mucho más pesado que las demás disciplinas al disponer de una legitimidad científica y simbólica mucho más fuerte. En este dispositivo universitario es donde la innovación historiográfica —la ofensiva de *Annales*— viene a entro-

¹⁸ Véanse algunos desarrollos muy ricos en V. KARADY, *Durkheim, las ciencias sociales...*, op. cit., especialmente en las págs. 275-288.

meterse: de él se aprovecha, y al mismo tiempo lo refuerza. Sin duda esto explica la conformación especial del campo de las ciencias sociales en Francia: durante treinta años al menos, dicho campo va a organizarse alrededor de la historia.

Todo lo demuestra: el éxito, en primer lugar, así como el efecto de arrastre de la revista conducida por Marc Bloch y Lucien Febvre; el proyecto de «Enciclopedia francesa» confiado a Febvre, en 1932, por Anatole de Monzie; después, la construcción de la VI Sección de la Escuela Práctica de Altos Estudios, lugar en el que la enseñanza y la investigación en ciencias sociales se concentraron con mayor fuerza después de la guerra, alrededor de un núcleo de historiadores. Dos historiadores, Braudel y Febvre, fueron sus responsables, y los historiadores en general siguen desempeñando una función determinante, aun cuando ya no son, desde hace tiempo, mayoritarios, y a pesar de que la Escuela se denomina ahora «Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales». Y hoy, cuando, con su habitual retraso, los media—desde los libros de texto hasta la televisión— descubren a las ciencias sociales, de forma muy desigual y a veces escandalosa, es a través de la historia cómo las abordan más frecuentemente, quizá también porque la historia es más fácilmente accesible. Remodelado, renovado, regenerado sin cesar, el imperialismo de los historiadores ha dominado sobre las ciencias sociales en Francia de forma casi indiscutida durante al menos una generación. En ese mismo período de tiempo, las demás ciencias se han redefinido respecto a la historia y a veces en contra de ella. Detengámonos un momento para analizar este cambio de perspectiva.

Un programa de unificación es propuesto, a principios de siglo, por los sociólogos en nombre de una concepción unificada, integrada, de las ciencias sociales. Treinta años más tarde, este programa vuelve a ser adoptado y modificado desde dentro por un grupo de historiadores universitarios en una revista, primero marginal y después progresivamente reconocida—algunos dirán institucionalizada—, pero dotada en cualquier caso de una magistratura intelectual importante. El programa inicial— el de los durkheimianos— acaba siendo algo deformado. La confrontación deseada sólo se ha realizado parcialmente: pero ni en sus modalidades ni en sus fines, tal confrontación alcanza la construcción voluntarista y casi transparente que anunciaba Simiand en 1903. Al menos, no toma nunca la figura de una integración, ni siquiera la de una reorganización disciplinar. La voz de mando de la segunda posguerra es la interdisciplinaridad. Frente a la proliferación de las especialidades y a su lenta institucionalización, se trata de constituir instituciones nuevas de acogida, espacios científicos abiertos en los que el encuentro sea posible.

Mientras que el proyecto durkheimiano proponía una reformulación radical del cuestionario de las ciencias sociales, se intentó posteriormente encontrar estructuras de concentración, de colaboración, de puesta en común

de los métodos y de los resultados; característicamente, cabe imaginarlo en términos espaciales de los que un informe oficial, redactado en 1957, nos da la pauta: «sea cual sea su edad (o su éxito), todas las ciencias humanas son 'encrucijadas', o si se prefiere puntos de vista diferentes sobre el mismo conjunto de realidades sociales y humanas. Por tanto, y en función de la coyuntura intelectual, ha habido y debe de haber fases de acercamiento mutuo y fases de segregación de las diversas ciencias humanas. Las fases de segregación, en las que cada uno, profundizando en su propio campo, lo defiende del vecino, corresponden al nacimiento de nuevas ciencias, es decir de nuevos métodos y nuevos puntos de vista: la demografía, la sociología, la etnografía, por no citar más que los ejemplos más recientes. Las fases de acercamiento mutuo permiten a las ciencias ya situadas una asimilación de estos resultados nuevos... Hoy, tras el desarrollo bastante desordenado de algunas nuevas ciencias, un acercamiento global parece imponerse, entendiéndose por ello una puesta en común de todo lo adquirido y un rechazo sistemático de las antiguas posiciones»¹⁹. El desarrollo de la VI Sección de la Escuela de Altos Estudios, los proyectos de una «Casa de las ciencias del hombre» en los años cincuenta (de la que un día habrá que contar la historia), ilustran aceptablemente esta concepción.

En todas estas iniciativas, los historiadores desempeñan un papel multiforme de iniciadores, de concentradores, de coordinadores. Durante mucho tiempo ellos son los principales beneficiarios de las ganancias de las ciencias sociales, cuya penetración en Francia no tiene, de hecho, más que una veintena de años de antigüedad. Y es así cómo constatamos extraños retrasos, desfases sorprendentes. La reflexión antropológica tiene hoy una función principal, casi referencial; sin embargo la obra de Claude Lévi-Strauss no encuentra su público intelectual, más allá de los especialistas, ni con la tesis sobre los Nambikwara (1948), ni siquiera con las «Estructuras elementales del parentesco» (1949), sino con «Tristes trópicos» (1955) y sobre todo con la publicación de la «Antropología estructural» (1958).

Para otras opciones, los plazos de reconocimiento serán aún más largos. A las dificultades de recepción vienen a añadirse los problemas relacionados con la institucionalización tardía, a menudo parcial, de las diversas ramas de las ciencias sociales en el sistema universitario; unas y otras han reforzado, también aquí, durante mucho tiempo la posición de los historiadores. Hay que comprender que no se trata, por parte de estos últimos, de un gran designio maquiavélico con el fin de regentar las ciencias del hombre. Basta con recorrer, a través de las innumerables críticas y notas escritas, el abanico

¹⁹ H. LONGCHAMBON, "Las ciencias sociales en Francia. Un balance, un programa", *Annales, ESC*, 1958, 1, págs. 96-97. El artículo, publicado con un comentario caluroso de la revista, está sacado de un informe sobre las ciencias sociales presentado al Gobierno en junio de 1957. Henri Longchambon era entonces presidente del Consejo Superior de la Investigación Científica y del Progreso Técnico.

de las lecturas y de los intereses de Lucien Febvre para persuadirse de ello. En la misma época, Fernand Braudel se esfuerza por proseguir un diálogo difícil con el sociólogo Georges Gurvitch y con el economista François Perroux. El será, muy pronto, uno de los primeros en aplaudir, en *Annales*, la importancia de los primeros trabajos de Michel Foucault. Mucho más que las intenciones o las personas, hay que incriminar sin duda a los efectos inducidos por la segmentación y valorización académica, la jerarquía más o menos acostumbrada de las disciplinas.

Esta minoría demasiado prolongada de las ciencias sociales ha estado a punto, por otra parte, de costarle muy cara a la historia, todavía reinante a principios de los años sesenta. La extraordinaria violencia de la creación estructuralista en Francia, hace cerca de veinte años, se ha expresado en términos de un anti-historismo a veces terrorista. Varios elementos convergían: la definición de nuevos métodos, que ponían en marcha procedimientos de trabajo relativamente homólogos en varios campos, hasta entonces separados; la reivindicación (legítima) de campos teóricos particulares, sin ninguna duda; el desengaño de una *intelligentsia* decepcionada por las astucias de la historia real, como lo mostró F. Furet²⁰. Pero también, y quizá no se ha insistido lo bastante sobre ello hasta aquí, una voluntad de emancipación intelectual e institucional.

Un texto de Fernand Braudel le toma ya las medidas al debate, aun antes de su auténtico comienzo. Se trata del clásico artículo sobre «La larga duración», publicado en *Annales* en 1958, el mismo año de la «Antropología estructural». La resonancia que tuvo es bien conocida, sin que tengamos que insistir al respecto. De dicho artículo se retuvo y discutió sobre todo la sistematización del análisis diferencial de las temporalidades sobre las que la *Méditerranée* estaba construida. También podemos leer —y los dos aspectos no están juntos por azar— una situación de la investigación en ciencias sociales, y en particular una reflexión sobre las relaciones que mantiene la historia con las otras disciplinas. El texto comienza con la constatación de una «crisis general de las ciencias del hombre», al tiempo «agobiadas por su propio progreso» y tentadas por un repliegue hacia sí mismas en virtud de su especificidad respectiva. Detrás del cuadro cabe observar, pues, como en filigrana, la nostalgia de una unidad que los durkheimianos habían identificado con el método sociológico, y que *Annales* de Bloch y Febvre habían deseado realizar alrededor de una historia sin fronteras. Pero, treinta años más tarde, ¿qué lugar se le propone a la historia? Braudel la presenta como «una de las posibilidades de lenguaje común con vistas a una confrontación de las ciencias sociales». Y aún más explícitamente: «Ya se trate del pasado o bien de la actualidad, una conciencia clara de esta pluralidad del tiempo social es indispensable para una metodología común a todas las

²⁰ François FURET, "Los intelectuales franceses y el estructuralismo", *Preuves*, 1967, págs. 3-12.

ciencias del hombre»²¹. Sin duda, la exigencia de una perspectiva histórica en cualquier interrogante sobre lo social es recordada aquí con vehemencia: la historia conserva indudablemente la vocación unificadora de la que estaba revestida, aunque ya no sea la única que puede ofrecer un «lenguaje común» a la comunidad de especialistas. Pero se nota que el tono ha cambiado, y se presiente, tras la inquietud implícita, que una reorganización del campo científico está en marcha. Así, en el momento en que el dispositivo institucional que organiza a las ciencias sociales está quizá más poderosamente organizado alrededor de la historia, un historiador escoge *Annales* para proponer una revisión necesaria a la que, quizá en su momento, no se le prestó la atención debida.

Una crisis se abre, pues; es una crisis larvada, y de la que no se tomará conciencia clara, como ocurre a menudo, hasta que no esté ya en parte resuelta, cuando las relaciones entre la historia y las demás ciencias del hombre se habrán redefinido empíricamente. Se descubrirá entonces que las modalidades del trabajo científico han cambiado al mismo tiempo que el proyecto pluridisciplinar. Y habrá una inquietud tardía acerca de la fidelidad de los historiadores respecto al programa inicial de *Annales*, como si un programa fuese indiferente a las condiciones intelectuales en las que fue pensado.

Sin embargo, de forma inmediata pocos son los que saben reconocer las renovaciones que están teniendo lugar. Esta miopía tiene razones evidentes. Antes de que el rechazo de la historia no se convierta, durante algunos años, en una voz de mando polémica, ya se han tejido lazos reales entre las diversas prácticas disciplinares, y la exigencia de una dimensión histórica es patente en muchos trabajos de ciencias sociales emprendidos en Francia. Nada lo muestra mejor que la organización de las investigaciones (y de las instituciones de investigación) sobre las áreas culturales, concebidas de forma sensiblemente diferente a las *area studies* americanas, de las que no son, por otra parte, totalmetne contemporáneas. De forma simétrica, la historiografía asociada a *Annales* ha ido, por así decirlo, por delante de estas evoluciones, al privilegiar el estudio de los sistemas sobre el estudio del cambio. La constatación es evidente cuando se trata del análisis de una estructura social en Bloch («La Sociedad feudal»), de la definición de los sistemas culturales y de la noción de civilización en Febvre («El problema de la incredulidad del siglo XVI»), de la larga duración de Braudel. Estos historiadores, atentos a las permanencias, a las solidaridades, buscan menos restituir evoluciones que señalar las rupturas que marcan el paso de un sistema a otro, o que, más exactamente, identifican la separación que hay entre dos sistemas sucesivos: «revoluciones» tecnológicas, económicas y mentales, que tan frecuentemente evocan. Se objetará, sin duda todo el esfuerzo de análisis de la coyuntura

²¹ Fernand BRAUDEL, "Historia y ciencias sociales. La larga duración", *Annales*, ESC, 1958, 4, págs. 752-753.

—de las coyunturas económica, social, cultural— que *Annales* acogió y promovió desde el principio, y que aún dura hoy día. Pero, ¿cómo no ver que detrás de lo que llamamos coyuntura en la historiografía francesa lo que primero se intenta comprender es la intervención iterativa de fenómenos cíclicos, cuya compleja estructura caracteriza a un modelo? Si el estudio de los hechos repetitivos señala en Braudel un nivel de permanencias casi estructurales, los retornos cíclicos definen en Labrousse un modelo socio-económico (el Antiguo Régimen económico); y en Meuvret y Goubert el sistema de las fluctuaciones y los mecanismos de la crisis caracterizan, de forma similar, un antiguo régimen demográfico. Conviene, sin duda, no forzar demasiado la oposición: desde F. Simiand hasta E. Labrousse y P. Vilar, el análisis coyuntural incluye también «al tiempo económico que aparece como creador, y como creador por sus propios ritmos...»²², y toda una reflexión sobre el crecimiento (por otra parte muy diversa en cuanto a sus inspiraciones) se hace eco de estas preocupaciones. Pero el interrogante sobre el crecimiento económico, ¿acaso no ha tomado a menudo la forma de un análisis de las condiciones de posibilidad del crecimiento en un sistema dado? ¿Y cómo no ver que en la impresionante posteridad de la obra de Ernest Labrousse, la *Esquisse* ha tenido un papel más determinante que la *Crise*? A menudo se ha repetido que la voluntad sistemática de *Annales* era como una parada ideológica a los desórdenes reales de un mundo difícilmente inteligible, en los tiempos de la Gran Depresión, contemporánea del nacimiento de la revista. La inspiración, ya lo hemos visto, era anterior. Pero sigue siendo notable la constatación de hasta qué punto la historia mayoritaria de *Annales* es extraña a cualquier análisis del cambio social, e incluso a cualquier explicación del paso de un sistema histórico al sistema siguiente. De forma significativa, aquellos que se han arriesgado a ello han ido a buscar sus modelos de análisis en otros lugares, en aquellos teóricos cuya historiografía está entre nosotros, tan amedrentada: en Marx para Georges Lefebvre y sobre todo para Pierre Vilar, y muy recientemente para Guy Blois; en un Malthus revisitado para Emmanuel Le Roy Ladurie (pero es para encontrar en él la negación al cambio en el corazón de cinco siglos de historia inmóvil). Esta orientación, a menudo más funcionalista que estructuralista antes de la letra, nos hace comprender que la historia como disciplina no sobrepasó demasiado mal en su momento la crisis de los años sesenta. A las «nuevas» ciencias sociales la historia ofrecía por lo menos un terreno en el que poder identificar a otras organizaciones, a otras lógicas: así lo muestran, de forma muy diferente, el desarrollo de la antropología histórica o el éxito de una arqueología de sistemas de pensamiento cuyo iniciador fuera Michel Foucault. Pero estos elementos de continuidad —cabe decir de conciliación— no deben ocultar discontinuidades esenciales.

²² Pierre VILAR, "Cataluña en la España moderna", *Investigaciones sobre los fundamentos económicos de las estructuras nacionales*, Paris, 1962, t. 1, pág. 17.

Y es que las secuencias que acabamos de ver tan rápidamente pudiera quizá evocar la unidad de un proyecto continuado desde hace ochenta años. Cada una de ellas, sin embargo, nos conduce a una organización no sólo de la práctica historiadora sino, más ampliamente, del campo de las ciencias sociales en su totalidad. En la definición de los paradigmas que se siguen y se encadenan, dos puntos se encuentran en el centro del debate: la unidad misma de este campo, por una parte, y las modalidades del trabajo interdisciplinar, por otra parte. Volvamos a nuestros ejemplos. Para Simiand, a principios de siglo, la unidad se definía como una unidad de método; él proponía a la historia una alineación respecto a las demás ciencias sociales (o más exactamente la entrada al completo en la ciencia social), reformando su método para producir, según reglas homólogas, objetos de estudio comparables a los que construye el sociólogo, y con él el economista, el geógrafo, etcétera. El problema de la interdisciplinariedad no se plantea, pues, como tal. Simiand planteaba, de partida, como evidente la existencia de un modelo de referencia unificado: «... yo creo que, de hecho, en el trabajo propio de los historiadores actuales, en la elección y el agenciamiento muy estudiados de sus trabajos, en su preocupación manifiesta por renovar su obra aprovechándose de los progresos realizados por las disciplinas vecinas, se manifiestan ya muchas tendencias a subsistir progresivamente la práctica tradicional por un estudio positivo, objetivo, del fenómeno humano susceptible de explicación científica, a dirigir el esfuerzo esencial hacia la elaboración consistente de una ciencia social».

Una generación más tarde, el modelo ya ha cambiado. Ya hemos insistido acerca del hecho que, alrededor de 1930, el campo de las ciencias sociales se había reorganizado en Francia alrededor de la historia. Pero lo que más nos importa aquí es que la referencia fundamental no es el método, sino un objetivo: el hombre. La Universidad francesa ha conservado esta costumbre, creo que original, de llamar ciencias del hombre (o ciencias humanas) lo que ella misma llamaba antaño, y lo que todavía se llama en el extranjero, ciencias sociales. La unidad del campo en estudio se encuentra, pues, ahora del lado del objetivo que persiguen las diversas prácticas científicas, objetivo que se supone común y sobre el cual se basa la posibilidad de una investigación colectiva. El modelo del intercambio y de la circulación interdisciplinares ya no es, pues, el de una normatividad metodológica, y se convierte en el de una imitación, conceptual o factual. Las prácticas científicas no tienen ya que alinearse las unas con las otras, sino que tienen que capitalizar un fondo común del que cada una toma provisionalmente lo que necesita allí donde lo encuentra. Esta capitalización tiene lugar bajo una perspectiva optimista en la que la unidad supuesta del hombre nos deja esperar, al menos asintóticamente, una reconciliación general. Este esquema parece implícito en la célebre concepción del «zusammenhang» que Lucien Febvre siempre

defendió y quiso ilustrar²³, proponiendo una especie de interdisciplinaridad flexible —blanda, como a veces se ha dicho— de la que no es sorprendente que la historia haya sido la principal beneficiaria, lo mismo a causa de su apertura intelectual que a causa de su dinamismo institucional. La historia ofrece el más amplio campo de experimentación para la comparación y la importación conceptual, y al mismo tiempo el discurso científico menos codificado y, en un principio, más acogedor. Fernand Braudel, una vez más, lo ha escrito con mucho valor, cuando los prestigios y las realizaciones de la historia invitaban más bien al triunfalismo, en su artículo de 1958: «... la historia —quizá la menos estructurada de las ciencias del hombre— acepta todas las lecciones de su vecindad y se esfuerza en repercutirlas»²⁴.

Esta constelación del saber se deshace bajo nuestros ojos desde hace una veintena de años. El campo de la investigación en ciencias sociales se fragmenta entonces, se diluye. El hombre, figura central del dispositivo precedente, deja de ser la referencia fundamental para convertirse en el objetivo transitorio, datado, de un agenciamiento especial del discurso científico. Es significativo a este respecto que, en la obra obstinada, devastadora, de Michel Foucault, «Las palabras y las cosas», ocupe un lugar emblemático: publicado en 1966, este libro propone precisamente una arqueología (es decir una «deconstrucción») de las ciencias humanas. Pero la unidad de las ciencias sociales, perdida por el lado de su objetivo, tampoco aparecerá por el lado de un improbable método general del que nos recuerdan, en el mismo instante, que no tendría precisamente objetivo. Lo discontinuo irrumpe, pues, en las ciencias sociales. Todo ocurre, en efecto, como si la hipótesis de una unidad global hubiese sido sustituida por la constitución de unidades parciales, locales, definidas mediante procedimientos científicos, es decir mediante trabajo. Sobre secuencias limitadas, se trata menos, a partir de ahora, de reconciliar las aproximaciones diferentes en una aproximación única, que de confrontar, alrededor de la construcción de objetivos particulares, determinadas prácticas y medir las separaciones. Lo cual significa, quizá, que un verdadero trabajo interdisciplinar ha comenzado. La compartimentación disciplinar es cuestionada menos en nombre de un proyecto unificador de conjunto que en el de una producción específica. Podría muy bien ser que haya comenzado a asistir a una reorganización del recorte disciplinar, en la que las viejas circunscripciones institucionales serán sustituidas por campos definidos por las prácticas.

Es la evolución que, desde hace una decena de años, ha sido descrita a veces como «un estallido de la historia», o que es denunciada más severamente como la tentación de una «historia hecha migas». Dejemos por un

²³ Véanse algunos textos excelentes de L. Febvre en el estudio de H. D. MANN, «Lucien Febvre, el pensamiento vivo de un historiador», *Cahiers des Annales*, 31, París, 1971, págs. 93-122.

²⁴ F. BRAUDEL, *La larga duración*, art. cit., pág. 726.

instante la polémica de lado. Ninguna de esas caracterizaciones es totalmente pertinente, pues tanto la una como la otra parecen identificar dos aspectos de naturaleza sensiblemente diferente: la vitalidad de una investigación que no cesa de diversificar sus intereses, que multiplica sus trabajos y que se abre —bien o mal, eso no importa aquí— a todas las sugerencias, por una parte; y, por otra parte, las condiciones epistemológicas de esta investigación, el territorio del historiador y el estatuto de un trabajo. Es la relación de una a otra la que, de hecho, ha cambiado. La exigencia de una práctica más local, pero que se esforzaría por comprobar más explícitamente los procedimientos científicos a los que recurre, ¿cuestiona acaso la perspectiva de una historia global, tan esencial para las dos primeras generaciones de *Annales*?

La pregunta no ha dejado de aflorar en los últimos años, y sirve claramente para expresar la inquietud o la irritación que suscita la evolución reciente de la investigación histórica, tal y como la presenta la revista, muy especialmente. No es seguro, por otra parte, que el problema pueda ser, en términos tan generales, bien planteado; pero al menos tiene el mérito de invitarnos a reflexionar sobre los paradigmas de *Annales*.

La reivindicación de una historia global —o total, como a veces se ha dicho, sin que el uso de ambos epítetos haya sido nunca claramente especificado— traducía al mismo tiempo un rechazo y una convicción. El rechazo, ya lo hemos visto, era el de las compartimentaciones demasiado estrictas entre los saberes y las competencias disciplinares, el de las especializaciones abusivas dentro de una misma disciplina. La convicción afirmaba que entre las aproximaciones de lo social debía de haber una coherencia y una convergencia, y que la integración de las ciencias sociales era posible, y por tanto necesaria. Estas opciones dan lugar, desde hace cincuenta años, a la originalidad de *Annales*; pero han tenido consecuencias que quizá no sea inútil recordar.

A falta de poder decirlo todo (incluso si conservaba la nostalgia de una resurrección integral del pasado), el historiador decidía no prohibirse nada de entrada. Ya era, poco o mucho, un geógrafo; y se fue haciendo también economista, demógrafo, antropólogo, a ratos lingüista, a ratos naturalista. En su investigación importaba nociones, hipótesis, elementos inéditos de comparación. Esta inventividad no ha conocido descanso en el último medio siglo y ha suscitado, a ritmo acelerado, nuevos campos. Pero, ¿basta para definir una «historia global»? Más bien da la impresión de haber procedido por yuxtaposición de aproximaciones diversificadas, en el interior de un trabajo cuya definición no era en absoluto cuestionada. Los grandes estudios monográficos (que bajo la especie de las tesis siguen siendo en Francia el género historiográfico dominante) ilustran bien esta evolución ambigua: los sumarios, siempre sobrecargados, manifiestan el constante enriquecimiento del cuestionario y de los métodos: pero el marco de la encuesta —el «sujeto», como se sigue diciendo— sigue siendo a menudo extrañamente repetitivo y

como inerte. Conviene aludir aquí a las presiones del oficio y de las condiciones concretas en las que se efectúa un trabajo que sigue siendo casi siempre una empresa individual; aludir también a las presiones universitarias y a las de las costumbres. Por otro lado, grandes libros recientes (y otros que lo son menos) están ahí para recordarnos que un objeto tradicional puede ser renovado a fondo en su definición y en su construcción. Mayoritariamente, la discordancia entre el objetivo y los medios sigue siendo, sin embargo, evidente. Todo es como si el programa de historia global no ofreciese más que un marco neutro para la adición de historias particulares, y cuyo agenciamiento no parece plantear problemas.

Ocurre, sin embargo, que la parte que le corresponde a la metodología no ha dejado de crecer, al hacerse las técnicas de análisis y de tratamiento de los datos cada vez más complejas —hasta esbozar nuevas especialidades con sus competencias y fronteras propias—. Esta evolución es, sin duda, inevitable cuando se sale uno del programa para emprender su puesta en marcha. Al reducir su campo de investigación, al precisar sus hipótesis, al afirmar sus procedimientos, algunas de estas historias sectoriales han alcanzado resultados al menos verificables, a veces acumulativos: así, la demografía histórica, o algunas formas de la historia económica. Pero tales tentativas no han progresado, como ocurre con toda gestión científica, más que precisando su objeto y acantonando sus ambiciones. Su articulación misma con la disciplina-madre —cuyo objeto sigue estando fundamentalmente no definido— plantea ya un problema. No cabe sorprenderse, pues, cuando se ven aparecer nuevas disminuciones, incluso nuevas exclusiones. Esta fragmentación del campo histórico es alarmante en la medida en que manifiesta la tentación de un repliegue sobre sí mismo, en la medida en que conforta, a la larga, situaciones adquiridas. Mas, ¿es la historia sólo eso? Sin duda la unidad de las ciencias sociales no parece ahora ya tan evidente como hace veinte años²⁵. Pero aquí también lo que parece perdido al nivel de programa quizá vaya a ser recobrado por el trabajo efectivo. En el análisis de los hechos sociales, la interdisciplinariedad deja de ser invocada como la panacea universal para ser experimentada localmente, en campos mejor definidos, en donde las prerrogativas disciplinares se borran. ¿Historia «estallada» o historia en construcción?

Tenemos que recordar finalmente que, al principio, la historia global fue un interrogante sobre la historia misma. El historiador renunciaba a la lógica y a la dinámica del relato, revocando la perspectiva evolucionista y las interpretaciones finalistas: ni el pasado, ni el presente, estaban asegurados a partir de ahí; inventariaba el espesor y la complejidad del tiempo social. En contra de la tentación de las síntesis demasiado armoniosas, de-

²⁵ Claude Lévi-Strauss lo expresó claramente, siendo uno de los primeros en hacerlo. Cf. "Criterios científicos en las disciplinas sociales y humanas", *Revue Internationale des Sciences Sociales*, 1964, 4, págs. 579-597.

masiado esquemáticas, la aproximación global que sugería *Annales* quería ser, desde el principio, muy atenta con la diversidad de los espacios, con las evoluciones desfasadas, discordantes, con las múltiples temporalidades y discontinuidades. Y no es, sin duda, ocasional el que *Méditerranée* de Fernand Braudel siga siendo hoy día la obra emblemática de toda la empresa: en su proyecto, en su arquitectura, el libro expresa claramente la voluntad de captar lo social a través de todo un sistema de diferencias. Una vez más, las formas y el estilo de trabajo han cambiado. Pero más allá de la multiplicidad y la dispersión aparente de los trabajos, en condiciones que han sido transformadas en profundidad, *Annales* sigue quizá testimoniando a favor de una forma de historia preocupada no por reducir a toda costa separaciones y discontinuidades, sino por hacer de ellas el objeto privilegiado de su interrogante, por situarlas y por comprenderlas.